AUCA

REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA

Entre la realidad y el misterio la luz de los cuadros de Martín Alía guía a los Poetas Aucanos

Asociación Cultural AUCA de las Letras
Revista cuatrimestral

Nº 26 Noviembre de 2012

AUCA

© De los textos, los autores

Coordinación : Manuel Parra Pozuelo

Consejo de Redacción : Mª Rosario Mohinelo, Manuel Parra Pozuelo y Juan Vicedo Sánchez

Consejo asesor : Julia Díaz Climent, Inmaculada Méndez, Trinitario Rodríguez, Mª Isabel Pintos, Mercedes Rodríguez, Lucía Espín Martínez, Francisco Alonso Ruiz Pérez, Manuel Valero Gómez.

Colaboradores : Alejandra Hernández, Agustín Conchilla, Ana Cesana, Antonio Zapata, Ana Esmeralda Piña, Claudio Archubi, Miguel Lara, Ricardo Pérez, Rosa Mª García Castillo, Candela Jiménez, Antonio Gracia, Antonio Monzonis, Mati Bautista, Aurea López.

Maquetación : Mercedes Rodríguez
Diseño de portada : Segundo García
Delegada de Ventas : Lucía Espín
Depósito Legal : A-469-2004
ISSN : 1697-9877

Ilustración de la portada : *Mar en calma,* de Martín Alía

Imprime : Gráficas Cervantes

Colaboraciones y Correspondencia:
c/Gravina, 4 –Centro Loyola-. 03002-ALICANTE
mparra@postalvia.com
ahmati52@gmail.com

Las personas interesadas en posibles colaboraciones, deberán dirigirse a nuestras direcciones de correo electrónico o postal para solicitar las normas de estilo de AUCA y enviar sus escritos inéditos, en prosa o en verso, que en ningún caso serán más de dos, con arreglo a estas normas, a la dirección y en el formato que se indican. El consejo de redacción decidirá, en todo caso, sobre la pertinencia de su publicación.

La revista Auca no comparte necesariamente las opiniones vertidas en sus páginas siendo los contenidos responsabilidad exclusiva de los autores

ÍNDICE	AUTOR	pág
La playa del lucero solitario	Airam Lebasi	3
Niño de la guerra	Ana Esmeralda Piña Recuenco	4
Te llaman la mujer loca	Antonio Monzonis	5
Luminarias para el hombre	Juan Vicedo	6
Volveré a retomar aquella… /En el vórtice de la tormenta	Rosa María García Castillo	7
Entre juncos	Mercedes Rdguez García-Olías	8
4 poemas	Ricardo Pérez	9
Un poema de Alvaro Valverde	Antonio Gracia	10
Elegía	Lucía Espín	12
La ciudad	Francisco Alonso Ruiz	13
Contemplando París	Trinitario Rodríguez	14
Los viajeros	Airam Lebasi	16
Vísperas navideñas	Rosario Mohinelo	18
En el final del tiempo	Manuel Parra Pozuelo	19
Llegar al Norte	Claudio Archubi	20
La luna, el río y yo	Francisco Alonso Ruiz	21
Cuando las niñas se llamaban Mayte	Juan Vicedo	22
Nada se pertenece	Julia Díaz Climent	22
Lanzarse al vacío	Rosario Mohinelo	23
Mi infantil fotografía	Manuel Parra Pozuelo	24
El parque de los espíritus (Parque de Berlín)	Mercedes Rdguez García-Olías	26
Necesitaba tan sólo	Ana Cesana	28
EL ARTE PICTÓRICO de Martín Alía	Varios	29-39
Te dije que no me escribieras	Juan Vicedo	40
Dibujo de la silla/ Verano 2012	Fcº Alonso Ruiz/ Rosario Mohinelo	41
El año que no vimos a Emily/ Perdido	Manuel Valero/Julia Díaz Climent	42
Madurez y dignidad de un escritor	Antonio Zapata Pérez	43
Hoy no ha muerto un poeta	Insomne trovador	45
Sobre el puente del mundo	Igor Rems	46
Los ángeles rebeldes	Juan Vicedo	47
Un suceso inexplicable	Airam Lebasi	48
Recordemos aquel inolvidable verano	Inma Méndez/Alféizar	49
Se va maquillando el alma	Alejandra Hernández Valido	50
La visita de Heráclito	Manuel Parra Pozuelo	51
Las ranas	Rosario Mohinelo	52
Cuando abrazo tu invierno me detengo	Julia Díaz Climent	53
Temblor de Eros	Mercedes Rdguez García-Olías	54
¿Cómo se mide todo esto?/ Octava real 1	Fcº Alonso Ruiz/ Candela Jiménez	55
Para qué más	Mati Bautista	56
Zorra en cautiverio	Agustín Conchilla	57
A Francia me quiero ir	Trinitario Rodríguez	59
Cancioncilla de verano	Manuel Valero	60
Cada vez que te alejas	Airam Lebasi	61
Una de piratas	Annabel Villar	62
La sirena varada	Mercedes Rdguez García-Olías	63
Creer que existe	Ricardo Pérez	64
Paraísos	Aúrea López	65
Bajo la piedra	Julia Díaz Climent	66
Cómo, tras inevitables suicidios, ha nacido un poeta	Manuel Parra Pozuelo	67
Dios y el diablo	Miguel Lara Jiménez	68

PRESENTACIÓN

Tras el caluroso y largo verano durante el que, convocados por la literatura, hemos trabajado animadamente, volvemos a nuestra cita con la página impresa, en esta ocasión la revista número 26 de AUCA de las Letras.

Publicamos en este número los poemas y trabajos en prosa enviados por nuestros colaboradores, a quienes agradecemos su generosidad y que detallamos a continuación:

El profesor Antonio Gracia, partiendo de "Un poema de Álvaro Valverde", nos habla de ese instante privilegiado en el que se siente "el escalofrío de la plenitud","La percepción fugaz del infinito"; Claudio Arbuchi de su sueño por llegar al Norte. Antonio Zapata, en su artículo "Madurez y dignidad de un escritor", analiza la poesía de nuestro compañero Francisco Alonso Ruiz, de la que dice que "aun siendo grande en su universalidad, recoge las pequeñas cosas, en una catarsis diaria". "Zorra en cautiverio", de Agustín Conchilla, detalla las muchas peripecias de un cazador para lograr su presa, y Annabel Villar en "Una de piratas" nos relata la desaparición de un vecino. En el Rincón del Artista Cachorro, recibimos por primera vez al joven Miguel Lara Jiménez, que nos ofrece su trabajo "Dios y el Diablo".

Los poemas de nuestros colaboradores son: "Niño de la guerra", de Ana Esmeralda Piña; "Te llaman la mujer loca", de Antonio Monzonís; "Volveré a retomar aquella pluma" y "El vórtice de la tormenta", de Rosa Mª García Castillo; "Invierno, Primavera, Verano, Otoño," de Ricardo Pérez, "Necesitaba tan solo…", de Ana Cesana; "Paraísos", de Aúrea López; "Hoy no ha muerto un poeta", de Insomne Trovador; "Sobre el puente del mundo", de Igor Rems; "Se va maquillando el alma", de Alejandra Hernández; "Octava real", de Candela Jiménez y "Para qué más", de Mati Bautista. Poemas de esperanza, de denuncia, eróticos, amorosos…

Esperamos que disfruten con la lectura de estos trabajos y con los de los socios de AUCA de las Letras, -artículos, relatos, poemas- que por no hacer esta presentación excesivamente larga no detallo. En nombre de unos y de otros les damos las gracias por su fidelidad a nuestra revista,

Consecuentes con nuestro propósito de homenajear en cada número de nuestra publicación a un artista, hoy nos detenemos en el arte pictórico de Martín Alía Alía, Licenciado y Doctor en Bellas Artes por la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Complutense, Titulado en Magisterio, Catedrático de Dibujo de Instituto, Profesor Titular de Universidad y, sobre todo, creador de una obra poética entre la realidad y el misterio, llena de interrogantes y evocaciones que conmueve al espectador. Embellece nuestra portada la reproducción de su cuadro titulado "Mar en calma" y nuestras páginas los del cuadernillo central a los que los "aucanos" han dedicado unos poemas.

Nuestra próxima cita con las letras será en la primavera de 2013, año que deseamos traiga felicidad para todos y la resolución de los problemas actuales.

María Rosario Mohinelo

LA PLAYA DEL LUCERO SOLITARIO

A veces recorría aquella playa, desierta, encajada entre acantilados donde las olas rompían con ímpetu. Al estar resguardada por los farallones laterales, el agua se remansaba como un espejo en forma de arco. La arena era dorada y brillante por la abundancia de fragmentos de las canteras de mica cercanas. Su contemplación sosegaba el ánimo y la imaginación se extasiaba con las ondas límpidas, plácidas y transparentes que dibujaban las dunas. Las gaviotas y las golondrinas marinas rompían con sus estridencias el ritmo hasta que al atardecer se posaban en los acantilados donde tenían sus nidos. En mis paseos solía sentarme a contemplar el agua verde-azul. Entonces dejaba volar mi imaginación hasta el horizonte indefinido. Escogía los momentos de la tarde próximos al anochecer cuando el lucero vespertino brillaba solitario en la inmensa bóveda del cielo; poco a poco hacían su aparición las estrellas; entonces la noche se tornaba profunda y enigmática. El lucero era mi inspiración. Ahíta de belleza regresaba al hotel.

Había escogido aquel pueblo tranquilo de la costa para escribir. Las musas andaban esquivas y aunque tenía el argumento planificado los personajes se escondían en los recovecos de mi mente.

Un día, después de tantos pasados en la playa del lucero solitario, y cuando éste rutilaba con todo su esplendor, vi cómo se acercaba una barca bogando con lentitud. Solo se veía un tripulante que varó en la arena y saltó dirigiendo sus pasos hacia donde me encontraba. Yo lo miré ansiosa. Escudriñé sus rasgos intentando retenerlo en la imaginación. Lo reconocí enseguida. ¡Era mi protagonista! Nos contemplamos con amor. Me tendió las manos que yo acogí entre las mías en una efusión conocida. Sus manos eran finas, de huesos afilados y fuertes. Una corriente se desprendía de ellas mezclada con un helor. Una descarga, como un relámpago, me atravesó. Un estremecimiento recorrió mi espina dorsal y quedó allí, a la espera, mientras sus ojos me decían: “Procedo del mar, de la aventura, de lo desconocido, de la imaginación de tantos ahogados, del amor, del universo. Soy tuyo. Tómame, Dame vida”. Volví a estremecerme y a notar su fuerza. Después de clavar sus ojos en los míos en un mudo adiós, se alejó hacia su barca. Quedé ensimismada. Volví a mirar hacia la orilla y él había desaparecido. Dejó tras de sí una brisa intensa con olor a mar, a sal, a brea, a algas, que me envolvió como un halo de floresta marina. Apreté las manos sobre mi corazón y respiré hondo aquel aroma con los ojos cerrados. Cuando por fin los abrí, la noche había caído y sólo la fosforescencia de la arena destacaba en lo oscuro. Sobre esta superficie irreal se marcaban las huellas de unos pies que se adentraban en el mar. Casi en éxtasis me levanté. Mi personaje había nacido.

Airam Lebasi

Niño de la guerra

Ígneas lágrimas de ausencia
surcan de nuevo tus mejillas,
arropado por un negro cielo
que sólo hiela, no cobija.

Tus manos, palomas sin alas,
en un mundo derrumbado a tus pies,
un viejo peluche por almohada
en la tierra que un día te vio nacer.

El bramido de las bombas,
¡tétrica nana!
Tañen las campanas,
yacen las alondras...
Cierra tus ojitos,
te niegas a ver,
sueñas de nuevo con un destino
que aleje los llantos,
que acompase la fe.

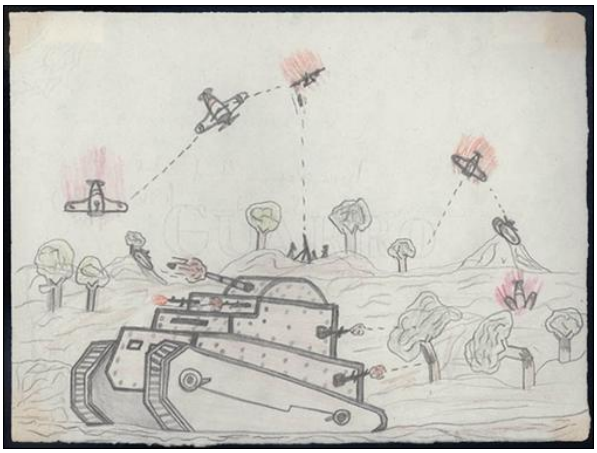
De nuevo, la lúgubre calma...
La sonora soledad hasta la próxima vez,
todo es miedo, todos callan;
eres un gris adulto,
a tus diez.

El sol agonizará tras el cristal
avivando los fantasmas del ayer,
limando entre requiebros la verdad,
por el horizonte efímero de tu piel.

Entre tus manos persiste la esperanza
de encontrar mañana un nuevo amanecer,
mas de nuevo, las sirenas...
[¡No callan!]
Quiebran tus sueños, hieren la hiel...

Tu infancia es tan sólo una herida
que entumece un alma que ya puedes ver,
pétalos escarlata sobre la arena rendida,
un último réquiem por quien no pudo crecer.

Ana Esmeralda Piña Recuenco



Te llaman la mujer loca

Por nuestros sueños
  dicen y dicen
y tú misma a ti te dices
que estás loca

Sí yo también estoy loco
y doy brincos si te veo,
mas tus huellas dejan surcos
junto al barranco
  en la orilla.

Todo es posible en la vida
y estar loca es lo mejor
con los esqueletos sueltos
  lechos tejidos de oro
y una lágrima de música
sonando en alguna parte.

Todo es tener
la mente llena de fuego,
temblores ir recogiendo
  de una humildad perdida.

Mujer loca de mi vida
recuerda las madreselvas
sin culpas y sinsabores.

Despierta del ácimo sueño.

Las hojas muertas
  cubren tus sienes
y eres mi loca enhebrada
abriendo al mundo tus brazos.

Letargo de mente Alfa
  cómplice de tu mirada
en la choza de tu cuerpo,
cuando en ella yo buscaba
  el calor que había dentro.

Donde está el bosque
  no hay viento
solo dudas y temores
y flores sí muchas flores.

Un destello visionario
enturbiando aquel pasado
  de placeres a diario
y mieles no siendo esclavo.

Mi adorada loca
  así te quiero
con sueños y fantasías
  con lenguaje
que son silencios eternos.

Mujer loca
como una flor que se rompe
  pero sigue siendo flor
en este corazón de loco.

Antonio Monzonis

LUMINARIAS PARA EL HOMBRE

Porque hay que decirlo todo, yo os diré los nombres de las cosas, también los nombres del amor y de la muerte. Éstos son los dos únicos puntos cardinales que de verdad nos interesan: de los otros podemos prescindir, orillarlos, hacer caso omiso de ellos, como si no existieran. La asfixia tiene un precio, ahogarse poco a poco y lentamente es duro; sería preferible caer por un acantilado y perecer así una noche de luna. Pero también esa suerte se nos niega porque a quienes van a morir se les despierta antes, se les obliga a tomar la última cena y se les niega un vaso de aguardiente o un cigarro puro. También en esos umbrales de la infamia se nos exige higiene, la ducha previa a la consumación, el aleteo de los movimientos gimnásticos y la limpieza de la dentadura. Para ir al Parnaso de la muerte se nos exigen al menos cuatro mudas y un traje de verano porque el sol pega duro en las riberas de aquel Lago.

Esa infamia angustiosa y terrible no puede consolarnos de nada, pues ningún delito habíamos cometido. Ciertamente se nos podía inculpar de faltas muy pequeñas: algunos hurtos en las vides y campos para subsistir, el quebrantamiento de ciertas órdenes molestas e incómodas en la vida diaria, no acudir con presteza a la llamada de timbales y tambores; pero habíamos apagado fuegos peligrosos y habíamos protegido las propiedades con sacos terreros, para evitar la inundación de las tierras más fértiles, para impedir que el árbol centenario fuese arrancado por los torbellinos. No éramos como el sacerdote ni como el sumo pontífice de los sacerdotes, que guardan los cálices del templo, el arca de la alianza, pero no madrugan ni saben por dónde sale el sol ni cómo son las voces de la viuda, cuyo óbolo rechazan por su ínfimo valor.

Los escribas y levitas sí deberían ser encausados y llevados a juicio porque sus corazones desconocen qué sea la misericordia o el perdón de las ofensas. Todos ellos, desde sus filacterias y con la voz solemne, hablaban y hablan desde sus cátedras y púlpitos porque querían predicarse a sí mismos, llevar y conducir al pueblo, más sabedor que ellos, hacia la sumisión infame, para que nadie hiciera preguntas muy incómodas. Les quitaban desde su autoridad los más tiernos amores, las caricias más tiernas, ese tacto tan dulce de una piel sobre la otra. Imponían al pueblo misterios jamás revelados, sino inventados por una antigua casta que les precedió.

Si hay que decirlo todo, también será preciso entonar nuestro himno, ocupar las almenas de la mañana, proteger las murallas de las ciudades, levantar en la tierra estandartes de gloria, para hacer la defensa de la vida y proclamar la vida desde los cuatro puntos cardinales; gozar en nuestro amor a las criaturas todas, aunque perezcan príncipes o infantes, aunque se mueran los reyes y sacerdotes o las princesas se vean convertidas en mendigas de los mercados. No haya piedad para con ellos porque nos hicieron nacidos muertos, aunque la muerte era el término de un hermoso viaje junto a ríos y arroyos, con palabras y sales en la boca.

Juan Vicedo

Volveré a retomar aquella pluma
que punzó mi corazón tan gravemente
y limpiaré la sangre ya reseca
de la herida lejana.

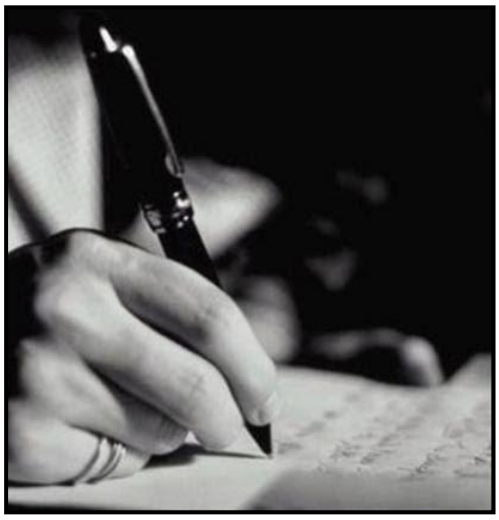
Volveré a escribir suaves poemas
o la rabia del mundo que me hiere,
abriré mi alma a la intemperie
renovada y dispuesta.

Volveré a ser jilguero libre, cantor
de las penas ajenas y las propias,
testigo de las risas y los llantos
atrapados en el aire.

Volverán las sonrisas a mi boca,
aquellas que el horror se me llevara
marchitando las rosas de mis manos
al refugio de mis sueños.

Volveré, sin duda,
dadme tiempo,
volveré a ser poeta.

Rosa Mª García Castillo



En el vórtice de la tormenta
el corazón deviene lluvia
y se deja caer
gota
a
gota
iluminándose de algún rayo
de sol filtrado
entre las nubes.

El corazón se vuelve loto
y persiste
entre las aguas
torrenciales,
fragilidad de brisa,
sobreviviendo
todos los naufragios.

El corazón se torna arena
y cubre los escollos
de mis playas.

Rosa Mª García Castillo

Entre juncos

Tabique. Peor.
Más demoledor aún
si cabe.
El velo separa los tres seres
dos y uno.
El hombre hiere, la madre gime.
Juncos de río huecos y sombras
que jadean y se mueven.
Peor. Tan cercanos los susurros
si cabe.
La sien en estallido.
Juncos permeables, translúcidos.
Peor aún
si cabe
oírlos.
El hombre grande flotando
sobre el leve cuerpo de la madre.
Devorada.
Venía. Viene.
El sombrero pardo de anchas alas.
Un mes tras otro mes.
una sola noche cada vez.
Viene. Venía.
Engulle un pedazo de esencia
primaria de la madre.
La devora. Es gemido interminable.
Un día va a darle muerte.
Peor. Más terrible aún
si cabe
con su propia mano adolescente.

Mercedes Rodríguez Gª-Olías

1- INVIERNO

Llega ya la navidad,
y la urbe crece
en miseria oculta.
Llegan las uvas,
la nieve a tu lado
y el gentío lejano
a tu ausente letargo.
Llegan los copos,
y nadie que te diga
que aún existes,
que aún hay sueños
y palabras en tu boca.

2- PRIMAVERA

Piérdete,
tú no eres la vida en flor;
vuelve a tu feudo,
tú no eres más
que la soledad del universo.
Vuelve a tu guarida,
que los recuerdos del invierno
te tomen en tu entorno
y recibas tu lugar,
tu nada en esta vida.

3- VERANO

El origen
de la muerte de la mar,
tú le hablas
y hay silencio.
El origen
de la muerte de tu amigo,
el sol blanquea el sin vivir
de tus trágicos recuerdos.
El origen
de tu última palabra,
el final de tu vida
al compás de la esperanza.
El origen de este tiempo,
tu silencio desbocado
tomando los destinos
del vuelo de tus sueños.

4- OTOÑO

Las hojas cayeron,
y nadie dijo que esto era
el crepúsculo incendiado,
el final de una etapa
que tú compartes impasible
en la estepa del silencio.

Ricardo Pérez

UN POEMA DE ALVARO VALVERDE

Introducción.-

La Literatura -como todas las artes o manifestaciones humanas- no dignifica al hombre por su noble retórica, ni es admirable por su soberbia arquitectura, o por su inteligencia... sino que se mantiene en el tiempo porque proyecta luz sobre la realidad exterior e interior y descubre la identidad del mundo, la existencia, el individuo, la colectividad, aproximándonos a esa proteica verdad que pretendemos descubrir y se nos escapa porque el tiempo altera su rostro para envejecerla y rejuvenecerla nuevamente.

Pero es cierto que hay rasgos humanos efímeros o circunstanciales, y otros esenciales y perennes. Y solo la sabia Literatura da cuenta de los laberintos y salidas que mantienen su vigencia en el transcurso de los siglos y milenios. Entonces es cuando el hombre se hace verbo: y los hombres sucesivos lo pronuncian. Verbo hay, afortunadamente, que ha puesto nombre a casi todos los rostros, y máscaras, del ser humano.

Ejemplificación.-

Veamos, como ejemplo de temas esenciales, "Mecánica terrestre", un poema del libro del mismo título de Álvaro Valverde, recogido en su reciente antología “Un centro fugitivo”:

Lo mismo que una imagen
recuerda a alguna análoga
y una sombra a la fresca
humedad de otra estancia
5 y un olor a una escena
cercana por remota
y esta ciudad a aquélla
habitable y distante,
así, cuando la tarde
10 se hace eterna y es julio
todo expresa una múltiple,
inasible presencia,
y el agua es más que el filtro
de lo que fluye y pasa
15 y la luz más que el velo
que ilumina las cosas
y el viento más que el nombre
de una oscura noticia.

El poema tiene una arquitectura tan eficazmente sencilla como férrea; tanto que pudiera pasar desapercibida su simetría y trascendencia: construido sobre un ritmo heptasílabo, sus 18 versos tienen un eje sustancial formado por tres tramos semánticos encadenados en una sola frase (el autor, tal vez para evidenciarlo, ha evitado la grafía de las probables comas que marcarían las pausas fonéticas). Estos son sus semas:

Versos 1-8: breve enumeración de cotidianidades.
Versos 9-10: anclaje en un tiempo concreto.
Versos 11-18: invasión del asombro.
Los 18 versos están simétricamente repartidos:

8 + 2 + 8

Pero, en realidad, la estructura es la de breves núcleos de dos versos que van incardinándose mediante la anafórica copulativa y, solo una vez ausente de su anaforismo, que da fluidez y fugacidad al texto.

Los tramos vienen a traducirse semánticamente en "lo mismo que... / así... / es".

A) El primer tramo, instalado en un tiempo sucesivo y monótono, lo configuran cuatro elementos que remiten comparativamente a otros cuatro similares, cada uno, como digo, ocupando dos versos:

Imagen > imagen;
sombra > estancia;
olor > escena;
ciudad > ciudad.

B) El segundo tramo, también en dos versos, supone la condensación del tiempo en el instante. Lo cual permite, a la inversa, concluir que también el instante contiene todo el tiempo. En otro poema, el autor insiste sobre ello con una paradoja: "el instante, esa efímera razón de permanencia".

C) El tercero, mostración del instante intemporal, expone cómo se asoma el infinito oculto en la conciencia del cosmos o del hombre -uno y otro, recíprocos espejos-. Huyendo de lo indefinible, se enuncia simplemente la concreción en lo maravilloso del eterno fluir de lo anecdótico: el prodigio que ya contemplara, similarmente, el conde Arnaldos.

La simetría queda así:

sucesividad / instante privilegiado / manifestación del sortilegio

La elipsis como presencia.-

¿Qué va a ocurrir tras ese lance en el que se nos introduce sin describirlo? El poeta renuncia a majestuosidades y se queda con la alusión a la inefabilidad como expresión concreta de la multiplicidad de los sentidos: "todo expresa una múltiple, / inasible presencia". El agua, la luz y el aire dejan entrever su condición metafísica, su identidad de pasadizos hacia un más allá de los sentidos y de la materia. Parece que va a llegar lo indefinible transustanciador y se nos va a adentrar en la carne -o a florecer, por fin, desde ella- con el mismo vigor con el que se nos incrusta el Respighi de "Los pinos de la Vía Apia", uno de los crescendos más notables que yo haya oído.

"El aire se serena / y viste de hermosura y luz no usada", parece decírsenos, frailuisianamente, a partir del verso noveno. Y esa tarde de julio es algo más que un instante infinito. "La transparencia, Dios, la transparencia", que diría JRJ.

En el fondo, el meollo del poema pudiera ser esta oración principal a la que se le van adjuntando los meandros de los versos: En una tarde paramística de julio sentí el escalofrío de la plenitud.

Gerardo Diego lo "relata" de esta manera: "Era en Numancia, al tiempo que declina / la tarde del agosto augusto y lento. / La luz se hacía por momentos mina / de transparencia y desvanecimiento".

Sin grandes palabras ni exaltaciones métricas, con léxico sucinto y cotidiano, deviene lo mágico del instante eviterno. La consecuencia síquica sin causa física: la transustanciación de la materia, la rozadura del éxtasis sin religiosidades: el esplendor oculto de la naturaleza deshojando sus ascuas escondidas. Es la acechanza dulcísima de Teresa de Jesús, por ejemplo, desprovista de mixtificaciones: el *M'illumino d' inmenso*, del poema monoversal "Mattina", de Ungaretti: como si una divinidad apresada en la médula se escapase por una brecha de la racionalidad y reclamase su existencia exterior.

De este modo, la "mecánica terrestre" -el río de la vida- consiste en un laberíntico flujo de frivolidades que desembocan inesperadamente en presencias metafísicas, presentimientos y clarividencias. Pues somos individuos trascendentes, esquirlas de una estrella, arcilla desde el cosmos.

La vigencia de un texto.-

¿Importa este poema al hombre actual? Creo que podría servir de prefacio para una antología de textos sobre la inmensidad. Porque ¿Quién no ha sentido en medio de la prosa cotidiana la percepción fugaz de un infinito?

Me pondré como ejemplo de sentidor de esas experiencias:

Desde mi primera adolescencia, inesperadamente y con pánico al principio, he sentido un íntimo fulgor que después me pareció descubrir en algunos poemas amorosos y místicos, y más aún, en la música. Era como si la belleza apresada en el tedio del escepticismo melancólico que me atenazaba burlase sus barrotes y convirtiera, por un instante solo, mi infierno en paraíso.

Y es la filtración del hombre anhelante en la monotonía cotidiana -la intuición, contemplación, arrobamiento y transfiguración de un locus amoenus, tal vez inaccesible- lo que sigue produciéndome fascinación, misterio, claridad: hipnosis inconcreta.

Perseguidor de esas sensaciones, y perseguido por ellas, siempre he preferido Fray Luis a Juan de Yepes: porque este busca un cielo más allá de esta vida, y aquel el paraíso del sosiego en esta: eso lo hace humano, no un mendicante de milagros. Igual preferencia siento por Lope frente a Quevedo: carnalidad, no etereidad. Aunque una implica la otra y cada una me haya remitido a ambas. Empecé a comprenderme ante las páginas de Dostoiewski y Herman Hesse, entre otros muchos. Ahora este breve poema enuncia el instante intemporal y desemboca en él. Lo cual me lleva a concluir que tal presentimiento o intuición poseyó también a esos, y otros muchos hombres, que escribieron sobre ello: de modo que su contenido es patrimonio sustancial de la humanidad.

En resolución:

La belleza y trascendencia no son útiles solo para los sentidos sibaríticos. Son los músculos que vigorizan el espíritu y, por lo tanto, la sujeción de la materia carnal de todos los mortales. Estos versos recuerdan esa espiritualidad profana inherente al hombre que la sociedad ha ido marginando en su fuga hacia el progreso mecanicista y robótico. Su sustancia la sentía a flor de piel el homo sapiens de las cavernas, y la oculta la coraza con que la modernidad pretende insensibilizar la conciencia. De modo que este poema trata de uno de los temas esenciales que definen a ese ser "demasiado menor que chiquitito" (M. Hernández) que es, "considerado en frío, imparcialmente" (Vallejo), el ser humano: para que recuerde que no solo de pan y circo vive cada día, sino que su dimensión es más elevada. Su contenido nos remite a otros textos que dejan constancia de la metafísica que alberga "este armazón de huesos y pellejo" (Bécquer) convertido en el "ángel con grandes alas de cadenas" (Blas de Otero) que ya previera Baudelaire en "El albatros". Tal vez sea el élan vital que hallamos a lo largo de la Historia en las huellas y fragmentos de identidad e inmensidad que ha ido arrojando en su camino: Platón, Plotino, materialismos, idealismos... Todo ello demuestra que la dicotomía cuerpo / espíritu no es una oposición, sino una unión indisoluble. Y que lo mejor está en esa parte, lugar o utopía que a veces nos asalta. Nombre o identidad de ese otro ser nuestro cuyo rostro queda "allí donde la pluma se detiene".

Antonio Gracia

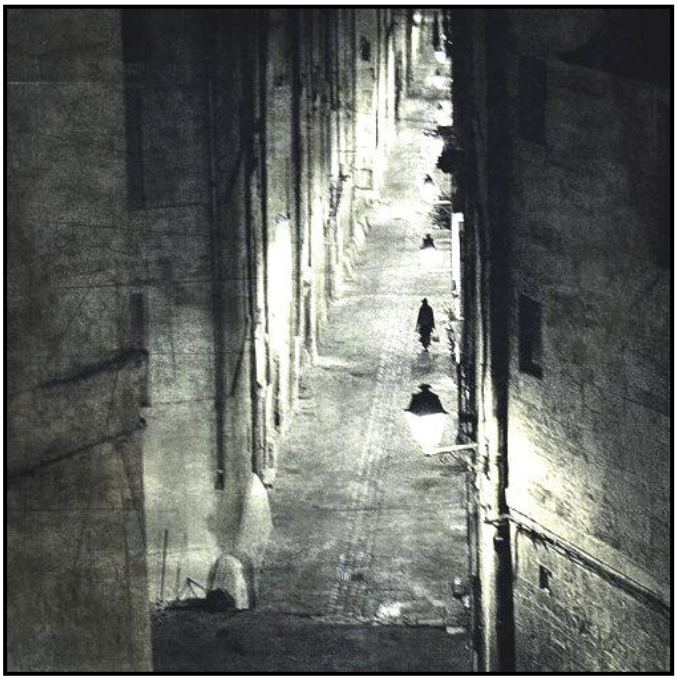
Elegía

Hermano mío
Hermano de mi sangre,
te abandonó la vida demasiado pronto.
No volveré a oír tu alegre voz musical,
pues siempre anduviste cantando,
ni veré tu humilde rostro,
con ese halo de tristeza
por las injusticias del mundo.
Pero si podré sentir aquella mirada de ángel
de tus cristianos ojos en los míos.

¡Hermano mío!
¿Quién llamará a la puerta a media noche?
¿Quién cantará en la casa a cada momento?
¿Quién llenará tus estancias ahora vacías?
¿Quién, hermano mío?,
¿quién nos devolverá alguna vez
la alegría de vivir de antaño?

Lucía Espín

La ciudad



Llamé en la puerta grande de la ciudad sagrada.
Una muralla alta rodeaba el recinto
hasta el que yo llegaba con mi sangre y mi instinto
y con mi piel de hombre por el dolor marcada.

Llamé en la puerta inmensa para huir de la muerte
que acechaba mi sombra y contaba mis pasos.
Acudía afligido de penas y fracasos
y de la noche amarga y de la mala suerte.

Había ya caminado por los duros caminos,
por las sendas angostas y por rutas quebradas.
Ya me había yo andado tantas calles gastadas
sin que me saludaran al pasar los vecinos.

Me perseguían todas las sombras malhechoras
que van detrás del hombre venido de otra vida.
No existe ya otra casa, ni existe otra salida
cuando las sombras turbias van contando las horas.

Y no se abrió la puerta pese a mi llanto oscuro
y a tanto clamor áspero que los aires agita
contra la alta muralla. Mi sangre era maldita
y allí me asesinaron contra el lóbrego muro.

Francisco Alonso Ruiz Pérez

Contemplando Paris

Perdido en Paris me hallo
caminando entre la bruma,
¡de pronto me canta un gallo!
sobre un jaula de espuma.

Sin dudar es el que siento
su cantar cada mañana,
desde el mismo ayuntamiento
con su cola casi cana.

Es también el que da nombre
a esta gran nación francesa,
en cumbre más alto al hombre
y a la mujer de nobleza.

Dicha espuma en la nevada
que sin tregua está cayendo,
esta fría madrugada
mientras camino durmiendo.

Y a pesar de andar dormido
por este gran pueblo galo,
siento que estoy protegido
y esto sí que es un regalo

para un pequeño poeta
que se tuvo que marchar,
con una vieja maleta
a Paris a trabajar.

En un tren destartalado
con asientos de madera,
que iba de lado a lado
camino de la frontera,

con el fuerte traqueteo
que producen sus vagones,
mientras a la gente veo
correr por las estaciones,

para coger otros trenes
que parecen ir volando,
por praderas y badenes
y al mismo tiempo silbando.
Prosigo mi caminar
y veo una caracola,
que me señala mi hogar
en la calle Émile Zola.

Emigrantes españoles llegando a Francia

Me lo señala reptando
sobre fríos adoquines,
mientras vengo caminado
con mis rotos calcetines

empapados por la nieve
que está cayendo esta noche,
como si fuera en relieve
sobre las luces de un coche.

Tan hermosa es verla caer
que me traslado mirando
hasta el bello amanecer.
Aunque de frío temblando,

a mi destino he llegado,
pero aún tengo que subir
siete plantas extenuado
después de tanto sufrir,

por una vieja escalera
especial para el obrero,
con peldaños de madera
y la estructura de acero.

Me costó, pero he subido
y ahora mismo estoy sentado,
sobre mi cama rendido
casi cojo y destrozado,

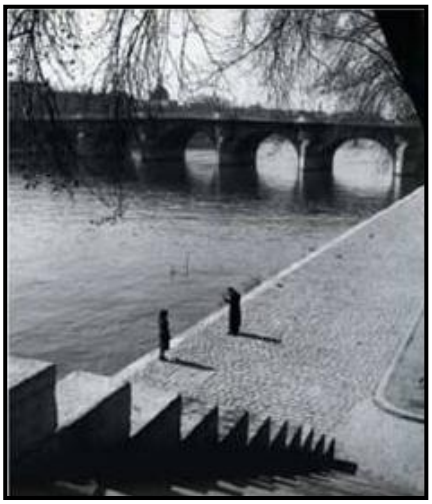
porque he perdido la suela
de uno de mis dos zapatos,
los que traje de Orihuela
que me han durado dos ratos

de tanto andar sobre el hielo
que en placas se ha convertido,
en un glacial sobre el suelo
por la nieve que ha caído.

Como veis es donde vivo
desde que vine de España,
con mi solidez de olivo
y mi altura de montaña.

Así fue y así lo cuento
cuando a Paris un día llego,
con mi rostro ceniciento
y mis ropas de labriego.

Trinitario Rodríguez



Puente sobre el Sena en París

LOS VIAJEROS

Los ánades planearon sobre la laguna. Se mimetizaron entre las espadañas que crecían frondosas en la ribera. Unos ojos asombrados los miraban embelesados desde el fallado de una casita que se elevaba cerca de la marisma. ¡Qué hermosos eran!- pensó Marcela. Se escondieron entre los juncos y carrizos y los perdió de vista. Quizá buscaban comida y descanso. Sus colores rivalizaban con los blancos, amarillos y azules de los lirios. ¿Quiénes serían? Estarían de viaje o vendrían a quedarse. Ayer había recorrido la orilla buscando flores y hierbas y no los había visto. Corrió escaleras abajo, atravesó la puerta, y entre los sombrerillos y hierbas de la entrada buscó a su amiga doña Clotilde. Doña Clotilde era una lagartija muy sabia que tomaba el sol en los peldaños de piedra y con la que solía hablar.

-Doña Clotilde, doña Clotilde- gritó la niña.

-¡Qué susto! ¡Qué pasa! Esos gritos me molestan. ¿Qué te sucede?- mientras, movía la cola de rayas amarillas con airosa coquetería.

- Es que llegaron a la laguna unas aves de colores. Son muy extrañas.

-¡Cuánto tienes que aprender! Vienen todos los años, proceden de países muy fríos. Se llaman ánades.

-¿Se quedarán todo el invierno?

-No siempre. Depende del tiempo. A veces están solo unos días reponiendo fuerzas y luego se van más hacia el sur de España e incluso a África.

-Cuánto sabe usted, doña Clotilde. Yo conozco el mapamundi, me lo enseñó mi papá- dijo toda orgullosa la niña.

-Además te tengo que decir algo muy triste, los cazadores los persiguen escondidos. Se ponen en la cabeza un sombrero con un pato de mentira y se les acercan para cazarlos. Son muy huidizas pero caen en el engaño. Los cazadores aprovechan para matarlos.

-¡Qué crueles! Yo me ocultaré en la orilla y los avisaré -convencida de que a ella los patos iban a quererla dijo adiós a la lagartija y se alejó.

Caminó hacia la junquera para observarlos de cerca. Saltando con sus pequeños pies descalzos, por un camino que se perdía entre los brezales, se fue hasta donde había visto a los viajeros.

Marcela tenía nueve años. Dos prietas trenzas negras enmarcaban su rostro moreno y redondo como la luna, con unos ojazos muy negros. Vestía el típico anaco de las indias de su tribu. No iba a la escuela, no entendía bien el porqué. Su mamá le explicó que no eran legales. Ella vino en avión desde Bolivia.

Mientras corría pensaba.

"¿Qué diría mi abuela? Recordaba cuando ella le había enseñado a recolectar hierbas y a observar a los animales. Como la hechicera de su tribu le predijo el "don", entender el lenguaje de las plantas y los animales, debía guardarlo en secreto y sólo utilizarlo para hacer el bien. Siempre que podía, sin que nadie se enterase,

hablaba con los animales. Ellos la reconocían y no le hacían daño ni huían. ¡Su pueblo estaba tan lejos! Allá al otro lado del mar. Se lo enseñó su padre en una esfera que encontró en la basura.

-Mira, Marcela, este es el mundo, representa la Tierra. Estamos aquí en este punto. Esto es Pontevedra y en este puntito estamos nosotros ahora, pero venimos del otro lado del mar. De aquí –y señaló un país casi al otro lado de la gran mancha azul- nos separa esta inmensidad – y pasó el dedo sobre la superficie. -Este es el océano.

– Aquí está nuestro pueblo -indicó con el mismo dedo, un punto en América- cuando tengamos platita para hacer una casa volveremos –suspiró con nostalgia- ¡Estamos tan lejos!

Su casa la había destruido un terremoto. No pudieron hacerse otra. Su papá decía que se habían quedado sin nada porque la casa estaba hecha de palma. Ahora quería hacer una de piedra, bien segura. Agarrada a la tierra."

El terreno por el que corría era pantanoso y tenía que tener cuidado para no meterse en el fango, resbalar y caer. Pronto avistó los carrizos en los que se ocultaban los patos. Con cuidado y hablando quedo se acercó hasta el borde.

- Hola, señores patos, soy Marcela. No se asusten. Yo soy amiga.

De detrás de una mata de lirios salió un pato, nadando con elegantes movimientos, se dirigió hacia ella.

-Una niña que habla nuestro idioma, espero que tengas buenas intenciones y nos ofrezcas ayuda. Mi nombre es Olaf el Grande. Venimos a pasar el invierno en este paraje, si nos dejan. Por el frío. ¿Sabes? y también los cazadores nos hacen huir. Estoy con toda mi familia -dijo sacudiendo el pico y aleando en señal de saludo sin dejar de nadar-.

-Tenéis unos colores espléndidos. Nunca había visto unos animales tan bellos por aquí. De donde soy yo hay aves hermosas como los guacamayos.

-Necesitamos este colorido para camuflarnos entre las hierbas de la ribera. Somos muy perseguidos. En verano nuestras plumas se ponen ocres para imitar a las hojas secas. Sí, los cazadores son muy peligrosos. Siempre perdemos a algún familiar o amigo.

-Yo los avisaré cuando vea a los hombres con las escopetas. Vienen a veces en barcas pero yo les comprometo descubrirlos desde el fallado y les mando un aviso. Mire, señor Olaf, haré sonar el silbato de esta forma. ¡Bi bitibi bi chuf chuf tarará...! Muchas veces. Lo repetiré muchas veces. Lo hice yo con una caña y le di mi poder. Ustedes lo oirán aunque nadie más pueda oírlo. También recorro la orilla recogiendo hierbas que curan. Las vende mi mamá en el mercadillo a gente de allá, de nuestra tierra.

-Hablas de allá ¿de dónde? Esos pájaros que tienen más colores que el arco iris, yo nunca los vi y mira que recorro todos los países desde el norte hasta el sur con mi bandada. Somos nómadas.

-Mi país está al otro lado del gran mar, se llama Bolivia. Tiene montañas muy elevadas, ríos y selvas. Allí todo es grande, hasta las plantas. Estoy pensando que nosotros también somos nómadas como vosotros pero venimos para ganar dinero y hacer una casa en nuestra aldea y volver con la abuelita.

-Y nosotros volamos miles de kilómetros para pasar el invierno. A veces nos tenemos que ir más abajo, hacia el sur, por comida o para huir de los cazadores. Mira, Marcela, esta es mi familia.

Estiró el cuello y emitió un sonido especial.

-¡Cua, cua, cua...!- Gorgeaba su cuello latiendo aprisa al son de los gritos alegres.

La laguna se cubrió de ánades que volaban rasando el agua en una elegante acrobacia y formaron una uve.

-¡Hola, Marcela!- gritaron al unísono los intrépidos voladores surcando el aire azul.

-Hola, amigos– voceó Marcela sacudiendo las manos en señal de saludo y admirando su habilidad.

-Señor Olaf, tiene una bandada muy disciplinada y hermosa. Ahora debo irme. Les bajaré pan y estaré vigilante con los cazadores. Fíese de mí.

-¡Adiós!, querida niña, hasta pronto. Confiamos en ti.

Marcela se fue hacia su casa. Por el camino habló con una garceta que removía el limo en busca de gusanos. Le habló de los cazadores. Prometió estar alerta y avisarla.

Doña Clotilde no estaba a la vista, debía de andar de ronda en busca de moscas. Se dedicó a las tareas de casa que le había encargado su mamá. Pero antes subió al fallado y oteó en todas direcciones tratando de descubrir enemigos. Limpio, no vio nada. Admiró una vez más a los ilustres viajeros que se esparcían por el lago sumergiéndose de vez en cuando para atrapar un pez o un renacuajo. Después se ensimismó en las tareas de la comida y cuando estaba más abstraída sonó un disparo seguido de otros. Subió como una exhalación al fallado. Tocó el silbato repetidamente.

¡Bi bitibi bi chuf chuf tarará...! sonaba una y otra vez.

Vio cómo las aves nómadas elevaban el vuelo y cómo caían algunas con las alas rotas, muertas o malheridas, y eran recogidas por perros de agua adiestrados.

Los ojos de Marcela se llenaron de lágrimas, una congoja hiriente le atenazó la garganta. Su corazón latía desbocado. Se encogió en el suelo envuelta en su vestido indio y murmuró plegarias en la lengua de sus dioses para que fueran sus amigos al reino del Amor de sus antergos. Rezando se quedó dormida, allí la encontró su padre.

-Marcela, hija. ¿Qué tienes, niña mía?

-¡Los cazadores!... los ánades muertos– hipó con congoja abrazada a su padre con terror. No supe avisarlos. Tengo la culpa. ¡Oh, papá, yo los maté!

-Marcela, el destino nos lo mandan los dioses. Ven hijita, no llores. Tú no tienes la culpa -la arropó entre sus brazos y la consoló meciéndola como a un bebé, mientras le decía: Piensa en los muchos que has salvado con tus gritos de aviso.

Airam Lebasi

Vísperas navideñas

Retrocediendo el día
el crepúsculo avanza,
se va tiñendo el cielo
de trazos de colores
y de guirnaldas blancas.

El tráfico rugiente
bordeando la orilla:
un río de charoles
y humo que mancilla.

Con su ojo de cíclope,
el gigante que manda,
parpadea en la bruma,
su mensaje cifrado
en rojo, verde o ámbar.

Al frenarse las ruedas
el oleaje humano
abrigado y ansioso,
emprende la carrera
caminando en tropel,
vaho de cafeterías,
música callejera
y pobres con cartel.

Árbol engalanado
-flor de contenedor-
paquetes, parabienes,
abrazos y vaivenes.
Gitanas ofreciendo
su fútil mercancía,
-encuentra un porqué
toda mercadería-.

Sirena-escaparate,
tentación, disparate,
acechan por doquier,
mientras brillantes luces
tornasolan paredes
de gran almacenes
llamando: ¡Ven!, ¡Ven!, ¡Ven!

¡Y en lo alto, olvidada,
la estrella de Belén!

Mª Rosario Mohinelo

En el final del tiempo

Transcurrían los ocasos entre pausados ritmos,
tristes a veces y otras inclementes,
pero que, con esfuerzos, pudimos soportarlos,
mas surgieron terribles y huracanados vientos
en un tsunami ingente, implacable y terrible.

La historia había dejado sus cenizas
-ácidos vinos, instantes insepultos -
sobre la gran llanura de mi frente
que un viento sin piedad llenó de pronto
de piedra ausente de la flor y el pájaro.

Hubo por los suburbios un llanto incontenible,
ingentes penas no esperadas nunca
crecieron insaciables en los cerrados ámbitos,
mientras los agraciados por los perversos juegos
contaban las monedas y sonreían miserables.

El presagio maldito era ya incontestable,
los que hasta entonces consolados fueron
en si mismos llevaban sus desgracias inscritas
y arrojados se vieron a las aguas más pútridas,
a aquellas donde reina el feroz desespero.

En instantes tan tristes que aún nos cercan
¿dónde estuviste tú? ¿a quién diste tu mano?

Maldito seas si entonces no ofreciste tu casa,
y tu voz no elevaste junto a los silenciosos
que tanta incertidumbre padecieron.

En el final del tiempo, entrégate y navega
en la corriente innúmera,
que hasta el mar del desastre irremediable avanza,
permite que sus aguas
te lleven insaciables al lugar más horrendo.

Sé uno más de los tristes, uno más de los llantos
que los malvados ponen
en los abiertos ojos que su crueldad espanta.

Manuel Parra Pozuelo

LLEGAR AL NORTE

Sueño que voy al Norte.

¿Hacia dónde mirar si ya se está en el Norte?

Se movieron las grandes aspas de la conciencia. Giraron con el viento. No luché contra ellas.

Un viaje a la espera del fruto tardío.

Al lugar más pesado, al más antiguo.

Para dejarlo todo, mientras los grandes monumentos desfilan bajo el crepúsculo.

Para ver el camino y sus cáscaras, sus palabras fijas.

Baja la raíz, pero no se detiene cuando se encuentra con la piedra. Así lo familiar no se detiene cuando se toca con lo extraño, así mi mano escarba Europa. Amplio es el rodeo.

Veo cómo las razas se entrecruzan. Rápidas son las velocidades del Norte, estrecho el territorio. Toco la superficie.

Distinta la pulpa, idéntico el carozo.

Gira la cáscara del presente, gira rápido, bulliciosa. Me muevo en silencio sobre ella flotando como un chino sobre papel de arroz.

Cuán liviana la totalidad, cuán fría su moneda.

El no nacido se cierne sobre mí, atrapado por las paredes del cambio. Voy dejando cosas en el Norte. Pero mi piedra va conmigo.

Las estatuas están quietas bajo la lluvia, abrazadas por las raíces, unidas a los grandes árboles de la belleza.

Pronuncian su palabra lenta, la pronuncian para mí: *llevas tu piedra, también nos llevas*.

Hace frío en el Norte, en la tierra de los grandes museos.

Hace frío en la Historia. Cuán rápido anochece.

Ninguna pared es suficiente. Están cubiertas con grandes cuadros, insinuantes bajorrelieves, esculturas incompletas, turbias explicaciones, pero no es suficiente. Estamos en el Norte.

Después se busca la salida. Es hacia abajo.

En las catacumbas, donde está el museo del museo.

Debajo del sueño de la Historia hay otro sueño más amplio.

Decenas de metros y de siglos para separarnos de lo Abierto.

Los guardo en mi piedra.

Viejas cuestiones, viejas cuestiones bajo la hojarasca, removidas por el viento, volando entre los pájaros, desde los cuervos del Báltico hasta las blancas palomas del Sur del continente. Cruzo con ellas, pero no me ven. ¿Qué hace un extranjero entre preguntas?

A un hermano le picotearon las entrañas. Otro se miró en el Mediterráneo hasta desaparecer. Escuchen: los llevo en mi piedra.

Contemplo las ciudades.

De una torre a otra media el vacío, la torpe foto del camino y sus rápidos ramales. Cuanto más alto, más oscuro.

Sé que no estoy solo.

Sin aire no hay vuelo, sin aire todo se mueve hacia abajo. Pero mi piedra va conmigo, mi amada piedra.

¿Puedo tomar prestado un poco de aire, del viejo aire del lugar del vuelo?

Ahora desciendo para volver a partir.

Claudio Archubi

La luna, el río y yo

Cayó un brillo de luna
en el espejo del río,
y fue que mi corazón
se me puso muy sombrío.

Para allá va el río,
con todas sus aguas tocadas
por un temblor de la luna
en las noches encantadas.

Y mi corazón se queda
humildemente dolido
por el fuego de la luna
que en el río se ha caído.

¿Qué puede decir mi verso
de esta tristeza encendida?
Son las ausencias de amores
los dolores de mi vida.

Son un relumbre fulgor,
de cosas que van al mar,
que me enamoran al irse
y también al regresar.

Pero no vuelve ninguna
de las cosas que se han ido.
Casi todas se han marchado
a un lugar llamado olvido.

Que cayó un brillo lunar
en el espejo del río,
dejándome el corazón
humildemente sombrío.

Francisco Alonso Ruiz Pérez

Cuando las niñas se llamaban Mayte

Aquellas niñas jugaban victoriosas,
alegraban sus piernas, sus caderas
y sus pechos saltaban al compás:
"*Jardinera, tú que sabes*
de ese jardín de la flor,
de las flores que has regado
dime cuál es la mejor".

Y seguían con gozo, brillantes,
risueñas, ajenas a los tiempos,
ignorando a las aves del ocaso,
los fríos de invierno más perverso,
el dolor acendrado de la carne.

Porque eran niñas, jugaban como niñas,
saltaban como niñas muy dulces
y disfrutaban con sus fabulaciones.
Porque era la mañana de sus días
y aún estaba lejos, muy lejos,
el tiempo de la noche,
cuando los gatos orinan las estrellas.

Juan Vicedo

Nada se pertenece, nadie se tiene,
sólo un par de ojos para creerse solo,
un par de manos para sentirse vivo,
una mente que cree saberlo todo
para quedar perdido.

Julia Díaz Climent

LANZARSE AL VACÍO

"Lanzarse al vacío". Le había costado encontrarlo, pero por fin dio con el título para su última novela. ¡Es tan importante el título! Lo había elegido bien y la novela era buena, muy buena. En esta ocasión, después de tanto tiempo intentándolo, era suyo el primer premio del prestigioso concurso al que se presentó, según le confirmó el director de la editorial. ¡Qué sorpresa se iba a llevar la arpía de su mujer, siempre humillándolo, siempre mofándose de sus continuos fracasos, siempre segura de que no conseguiría destacar a pesar de sus esfuerzos, cuando viera lo bien que hablarían de él los medios de comunicación y las excelentes críticas que obtendría!

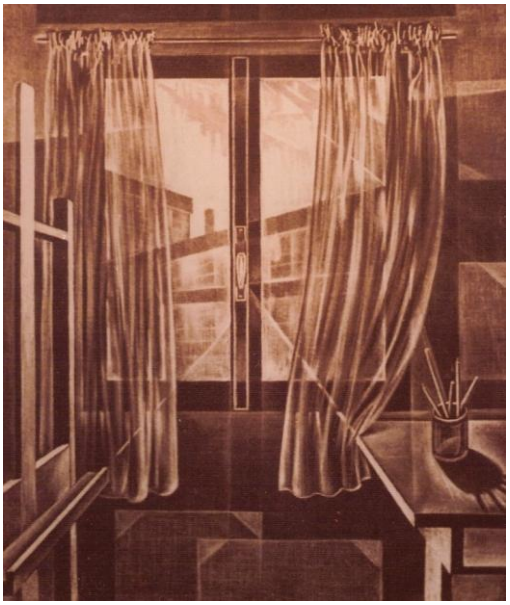
Susana no quería comprender, y menos aún aceptar, que estaba seducido, absorbido por la literatura, esa amante voluble y esquiva que a veces le recompensaba con una idea luminosa o la frase más elocuente, casi siempre en la duermevela, cuando las ruedas y ruedecitas de sus historias encajaban a la perfección. Leía sin descanso, y hasta en los libros más insignificantes encontraba algo que aprender.

Ella le apremiaba para que volvieran a la ciudad, para que recuperara su puesto de profesor de instituto y tuvieran unos ingresos fijos y no los escasos recursos que les proporcionaban los artículos que publicaba de vez en cuando en la prensa o en alguna revista. Le aburrían las reuniones siempre con los mismos amigos, siempre hablando de literatura. Ella quería viajar, conocer gente nueva, recuperar las amistades perdidas, relacionarse con la familia: a todo eso lo llamaba vivir de verdad. Sé que no es fácil convivir conmigo; que mucha culpa de sus cambios de carácter es mía, pero es muy duro oír sus burlas malévolas, sus continuos sarcasmos, sus insultos...

Le pediría el divorcio, estaba decidido, sería lo mejor para los dos... Quizá si hubieran tenido hijos...

¡Cómo iba a cambiar su vida ahora que lo mejor estaba por llegar!, pensó antes de que le deslumbraran los potentes faros de un camión que circulaba en dirección contraria. El choque fue inevitable y lanzó al vacío el pequeño utilitario que recorrió en unos segundos y golpeándose con sus paredes, la altura del acantilado, hasta acabar destrozado en la arena de la playa ante el estupor de las silenciosas estrellas.

María Rosario Mohinelo



La Ventana del estudio, de Martín Alía

¿Eres tú aquel muchacho
de bigote incipiente?

Apenas te conoces
aunque ya, como siempre,
llenos están tus ojos
de ocultas mariposas
a las que nadie abate.

¡Cuántos años y penas
han ido edificándote!

Sin embargo, te miras
y una dulce piedad
te brota y te conturba.

Y vuelves junto aquellos
que eran y son los tuyos.

Pocos quedan contigo.
Han muerto la mitad,
el tiempo no perdona,
pero quisiera ahora
describir como fueron,
porque pudiera ser
que alguno, alguna vez,
leyera lo que escribo.
Mi abuelo, está en el centro,
él es el practicante,
Cándido Pozuelo,
que la mesa preside
armado de bigote
y de corbata negra.
Delante está mi hermana,
que era la Carmencita,
con una risa loca,
presagiando venturas
e inmensas alegrías.
A su lado, mi yaya,
Victoria Bello,
de mentón tan erguido
como si ella también
hubiera sido General de Brigada,
igual que fue su hermano.

Y, Dolores, mi tía,
que estuvo en Buenos Aires,
con blanco pelo y rostro
bondadoso y doliente.

Mi infantil fotografía

Las dos criadas
con el mismo nombre
(una y otra eran Lola),
resplandecen gozosas,
muy erguidas y jóvenes
igual que las recuerdo.

Al otro lado de mi abuelo
estoy yo mismo.
con la mano apoyada
sobre mi primo Emilio,
llevando su cabeza
hacia el fotógrafo
que fue, sin duda alguna,
uno de los Reales,
tan vecinos y amigos.
Emilio está sentado
sobre mi madre, Emilia,
que, con firme mirada,
cara le planta a un mundo
más aciago que hermoso.
Mi padre, un poco pícaro,
Manolo, el de la tienda,
burlón y casi esquivo
mostraba la sonrisa
del que sabiendo todo
poco dice y más calla.

De muy lejanos días es esta foto,
será el cincuenta y tres
cuando fue hecha,
hoy el dos mil saltamos,
¡y estamos en el doce!

Yo la miro y recuerdo
como fui yo hace tanto.

También he de marchar
igual que otros se fueron.

El vivir es un rito
cierto e inexorable.

Solo queda mirarnos,
naufragar en nostalgias,
vernos en esta imagen
vencedora del tiempo.

Manuel Parra Pozuelo

EL PARQUE DE LOS ESPÍRITUS

Parque de Berlín

Al principio solo había un gran espacio abierto que atravesábamos al pasear por El Viso; cruzábamos en parejas aquel solar inmenso luciendo nuestras flamantes corbatas rojas y los uniformes azules; en silencio. Casi siempre estaba triste porque mis padres se habían quedado en África y allí tal vez los negros, atizados por Lumumba en el Congo, podían comérselos. Es espantoso y terrible que a tus padres se los vayan a comer los caníbales; se acongoja el alma; el corazón te sangra, y herido, se estremece. Cada noche es una eternidad de incertidumbres.

Fuimos entregadas a las hijas de la Iglesia, a quienes ya no guardo ningún rencor, pues del dolor que me infligieron me he purificado totalmente. Escondidas tras enormes muros, con gran celo y esmero, se esforzaron en hacernos creer que éramos pobres pecadoras, convictas, incluso más pecadoras que la mayoría de las internas, pues habíamos estado en contacto pernicioso con multitud de infieles y paganos negros. Aunque se me hicieron casi insoportables aquellos días, jamás llegue a sentirme pecadora irredenta, y ahora puedo contarlo sin odio, sin que mi corazón tiemble.

El terral siguió vacío. Luego lapsus. Borrón para iniciar nuevas cuentas. Retornamos por un quinquenio al regocijo africano.

Volví a Madrid ascendida a estatus de adolescente o jovencita que decían los cursis; ¡cielos, cuanta gente cursi había entonces! El paraje continuaba yermo junto a los muros carcelarios al otro lado del Corpus Cristi, del Pandorado de Todos los Santos Posibles. Recorrí de visita los pasillos interminables salpicados de maceteros. Nada había cambiado, salvo el atuendo de las monjas, que habían acortado sus sayales y llevaban tocas más ligeras; cambio de imagen, pero no de fondo y de trasfondo.

Con nuestras vidas a cuestas regresamos a África de nuevo y crecimos a categoría de jóvenes con ilusiones y miedos; pero casi siempre estábamos alegres porque allí ni el más vil insecto se siente pecador abandonado del cielo, ni colonizador, ni pagano condenado al fuego eterno del infierno.

Vinimos de nuevo expulsados definitivamente en 1968 a esta madre que no es madre porque no nos parió; a esta patria que no es patria, porque patria no es un territorio, sino un hogar y un sentimiento de amparo. Justifiqué tamaño latrocinio diciéndome que aquella lejana tierra era de los negros, nosotros se la habíamos quitado; pero en lo más profundo de mi alma, tampoco me lo creía; esas memeces nos las decían algunos adultos que jamás habían puesto sus pies en África. De modo que desde aquel último vuelo el 6 de junio, me hallé sin hogar y desterrada. El sitio se había cubierto de escombros. Meses después, se dibujaron caminos de tierra amarilla, le nació césped, álamos temblorosos que apenas alzaban cinco palmos, abetos que no superaban la talla de arbolitos de navidad, un estanque grande donde nadaban patos blancos y otro pequeño en el que flotaban nenúfares y bogaban peces de colores.

Bienio de adaptación urbana, de conjuraciones. Nos despojamos de los calcetines. El monstruo Madrid mordía los codos, hería las rodillas; pero me dije “o te puedo o me puedes” y aguanté el encontronazo. Lo sentí y lo creí firmemente. En este sortilegio se hicieron las noches tan largas como los días; tuve que llorar por Recoletos, por Ventas y por la Gran Vía. Fue una soledad herrumbrosa, cuadrilátera, agobiada por multitudes entre las que me sentía extraterrestre, como venida de la Luna. Como si se me hubieran gastado los amores infantiles, tuve que ir encontrándolos a hurtadillas, cuerpo a tierra, allí abajo donde la desnudez vital estaba mejor protegida. En esos tiempos renegridos algunos arbustos se hicieron recios, otros florecieron, se desnudaron descaradamente los chopos y los castaños. Me sorprendió la desnudez estacional. En África los árboles tal vez eran más pudorosos y permanecían siempre arropados con su fronda. Le salió al parque un pedestal y un oso emblemático, berlinés y a la vez matritense.

Los años de estudiante universitaria trascurrieron exhaustivamente por el Parque; edad de cuatro esquinas, de cuatro puntos cardinales. En un punto al oeste, el autobús de la línea 16 me arrojaba cada día de sus fauces. En el sur nos reuníamos compañeros y amigos de la Prospe para charlar; casi se había perdido ya el madrileño encanto de los barrios, que para mí resultaba tan novedoso y exótico.

Tiempos confusos; nos salía de dentro una rebeldía cromosómica. La juventud ardía consumida por el aburrimiento postguerramundial, siguiendo a Dani el Rojo, a Jean-Paul Sartre y a Simone. Los jóvenes del Este, de cuya existencia nos venía un eco lejanísimo, se removían en Checoslovaquia contra el tirano ruso.

Estábamos hastiados del muro de Berlín, de la guerra fría de la OTAN y de las madres que parieron a esos engendros. Europa se nos estaba haciendo cada vez más vieja y más rugosa, como el rostro de una vieja hortelana atada a una yugada y uncida a la tierra.

En el norte del parque liamos y fumamos la hierba entonces pura y compartida; quisimos comprender lo que estaba pasando en el mundo; ese mundo era un lodazal de insanos intereses, algo separado de la vida, una cloaca inmunda. Concluimos entonces que era justo gritar ¡la imaginación al poder!; la civilización occidental daba muestra de senilidad y chochez. Hicimos no pocos ídolos de barro, que después apuñalamos sin pudor ninguno ni vergüenza; era el momento propicio de asestarle puñaladas a la vieja historia. El lenguaje se nos quedaba chico, equilátero, constreñido y menguado por el abuso. Algunos querían destruirlo como culpable de conflictos. Debíamos volver al lenguaje puro, al idioma del tacto, del gesto, o al silencio. Tal vez algún tipo de oración nos hubiera valido, pero rezábamos a gritos y bufábamos de rabia e impotencia como animalillos heridos.

El Parque proseguía su crecimiento silencioso e inexorable. Los chopos espigaron primero; luego, con mayor lentitud, los castaños de indias y los álamos bajo cuyas ramas nos abrazamos y nos dijimos por primera vez te quiero robando aquellos besos vivos, voluptuosos y furtivos. Todavía estaba prohibido pisar el césped; casi todo regocijo estaba prohibido. Teo y Cuca hacían el amor bajo un abeto y los demás les celábamos ese ardor agreste bajo la complicidad de los árboles.

En un punto al Este tenía Nuria cada día una cita libertaria a las nueve de la noche. Abandonamos gradualmente el rito de la danza de los miércoles, la música de Bach, Albinoni y Dvorak cuando se suicidó su padre tras arruinarse definitivamente; se cubrieron de polvo su violonchelo y los bongós que compramos para que yo diera rienda suelta a mis vivencias africanas. Cualquier desconocido extrarradio de Madrid engulló a Nuria para siempre.

He paseado mi gravidez por todos los rincones del Parque; y a mi hija mayor en su cochecito cuando el frío quemaba la piel y la tierra se mostraba helada y dura. Surgían caminos perfilados en los bordes, nuevas estructuras, quioscos, pistas deportivas, pérgolas.

Mientras la pequeña caracolea entre los distintos juegos infantiles, siento en derredor todos los amados espíritus del Parque; Elena, ojos furiosos, corazón de chocolate oscuro, colgada de un castaño, Teo leyendo bajo una farola un libro prohibido, Cuca asustada porque la regla no le ha bajado y aún no tiene fuerzas para ser madre, Alfonso preso en Carabanchel, Gloria y Tana buscando sus amores imposibles; Nuria engullida por la boca del metro; y yo llorando conmovida con mis poetas malditos.

Escribo un poema, beso la rodilla de mi niña, “cura sana, cura sana…. si no te curas hoy….” que se ha caído junto a la fuente. El pasado se ha depurado en este presente y ya el futuro, esa entelequia, me importa un bledo. Intuyo que la paz, no la esperanza, se me ha subido al rostro y soy una y siempre con los espíritus del parque.

La vida transforma, esculpe, suave e imperceptiblemente y los gozos igual que las sombras se diluyen. Sobre la piel tal vez han quedado hermosas cicatrices que pregonan que he vivido y he amado. Lo demás, arte, ciencia, historia, logros y fracasos, cada vez me parecen más insignificantes.

Mercedes Rodríguez Gª-Olías

Abrazo, cuadro de la propia autora, Ana Cesana

Sólo necesitaba que tú me comprendieras,
necesitaba tan sólo tu sonrisa,
necesitaba tan sólo de tus besos,
y tú no entendías nada...
Supiste llegar con tus manos,
curaste las heridas de mi cuerpo... de mi alma.
Irrumpiste en mi vida..... me descubriste dolida.
Me amaste, amor.... te amé,
Y me voy.... ya me fui.
Y te vas.... ya te fuiste.
¿Qué cuerpo tocarán tus manos algún día
cuando quede archivada en tu memoria huida?

Sólo necesitaba que tú me entendieras.
Amor, duele amar y sentirse abandonada,
duele tanto, amor...
porque estoy de ti enamorada...
y en el oscuro silencio de tu ausencia
lloran mis ojos... mi cuerpo tiembla.
Me llenaste... me vaciaste.
Te esperé... aún espero.
Descubrí tu impaciencia por tenerme de nuevo,
me tuviste, amor... y me quedo.
Me quedo prendida a tu más dulce mirada,
en los días en que fui tu mujer, ¡la más amada!...
En aquellas caricias que me tocaban el alma...
Me quedo, amor... agarradita a la esperanza
de que quizás algún día vuelva yo...
a ser tu amada.

Ana Cesana

EL ARTE PICTÓRICO DE MARTÍN ALÍA

Faro del Cabo de Palos

ENTRE LA REALIDAD Y EL MISTERIO, EL FARO DE LUZ DE SUS CUADROS GUÍA A LOS POETAS AUCANOS

Se puede conocer más de su obra en el espacio virtual *www.**martinalia**.es/*

Manos

I

Nadie sabe qué busca, qué reclama
este vuelo de manos en su anhelo.
Nadie sabe a qué va y hacia qué cielo
se levanta, se yergue, se encarama.

Tal vez busca otras manos y las llama
pero nada se sabe del desvelo
del rostro que las mira. ¿Son un vuelo,
son música de oculto pentagrama?

Son manos o palomas suspendidas
entre un cielo o un mar sobrecogido,
que en su óleo nos da Martín Alía.

Vuelo, alzamiento, sueño de la vida
gozo, y afán y amor estremecido
definición y plenitud del día.

II

Manos que buscan nubes por el cielo,
vienen de un mar tal vez recién pintado.
Manos que surgen, manos que han alzado
hacia arriba, a lo alto, su ancho vuelo.

Manos de libertad, manos de anhelo
inquietud o quietud a que han llegado
¿qué nos cuentan o dicen, qué recado
o saludo transmiten hasta el suelo?

¿Qué nos quieren decir, a qué aventura
nos llevan, nos regresan, estas manos,
estas abiertas manos prodigiosas?

Tanto gozo transmite la pintura
que somos deslumbrantemente humanos
y capaces de amar todas las cosas.

Francisco Alonso Ruiz Pérez

EN SUS MANOS, óleo/lienzo. 81 x 60 cms. (2011)

Humanizados mares que las piedras limitan

Se pierde la mirada en el azul purísimo
aunque en su centro brota un gris casi incipiente.
A lo lejos se rompe el telón que los cierra,
y un horizonte pétreo lo encuadra y lo limita.

Un faro que corona el promontorio
manifiesta y proclama humana previsión
en escarpada y tan hiniesta roca.

Inscrito está en el marco donde Martín
muestra la conocida imagen,
desde la que se extiende un gran mantel,
donde reposan útiles e instrumentos
que a industrias y labores ilustran y acompañan,
así naturaleza únese al artificio
y entonces es Martín quien logra en su pintura
dibujar el milagro que siempre nos define,
la amalgama que nace cuando el hombre dibuja su existir en el orbe.

Miremos el azul, mirémonos en él,
en el mar y en su entorno,
descubramos así lo que somos y amamos,
entre cartas y sobres,
entre faros y piedras
y tal como Martín nos lo presenta
contemplemos el tiempo
en que, juntas, nos forjan la sociedad y la naturaleza.

Manuel Parra Pozuelo

EL TIEMPO DETENIDO, óleo/lienzo. 65 x 54 cms. (1991)

El tiempo detenido en un mar que Martín humaniza y recrea

Otoño

Ha llegado el otoño.
Ha anunciado su venida
la sinfonía del viento,
las nubes navegando en un cielo apagado,
el silencio de los pájaros…

Mas tú, muchacha desconocida,
te has percatado de su presencia
en el momento de salir hacia la fiesta
para la que te has acicalado.
Sin atreverte a cruzar la puerta,
miras con gesto serio la danza de las hojas,
y dejas caer desmayadamente los brazos
renunciando a tu escapada.

Yo me atrevo a pedirte:
Aprovecha tu tiempo.
Disfruta de la fiesta antes de que comience la lluvia.
No temas al otoño que es periodo –algún día lo comprobarás-
de maduración, de plenitud, de cosecha,
y la estación que sin duda viste a la naturaleza
con los más hermosos y dorados ramos,
cómo nos demuestra la paleta de Martín Alía.

Mª Rosario Mohinelo

OTOÑO, mixta/tabla. 92 x 73 cms. (1986)

Tras el balcón del mar

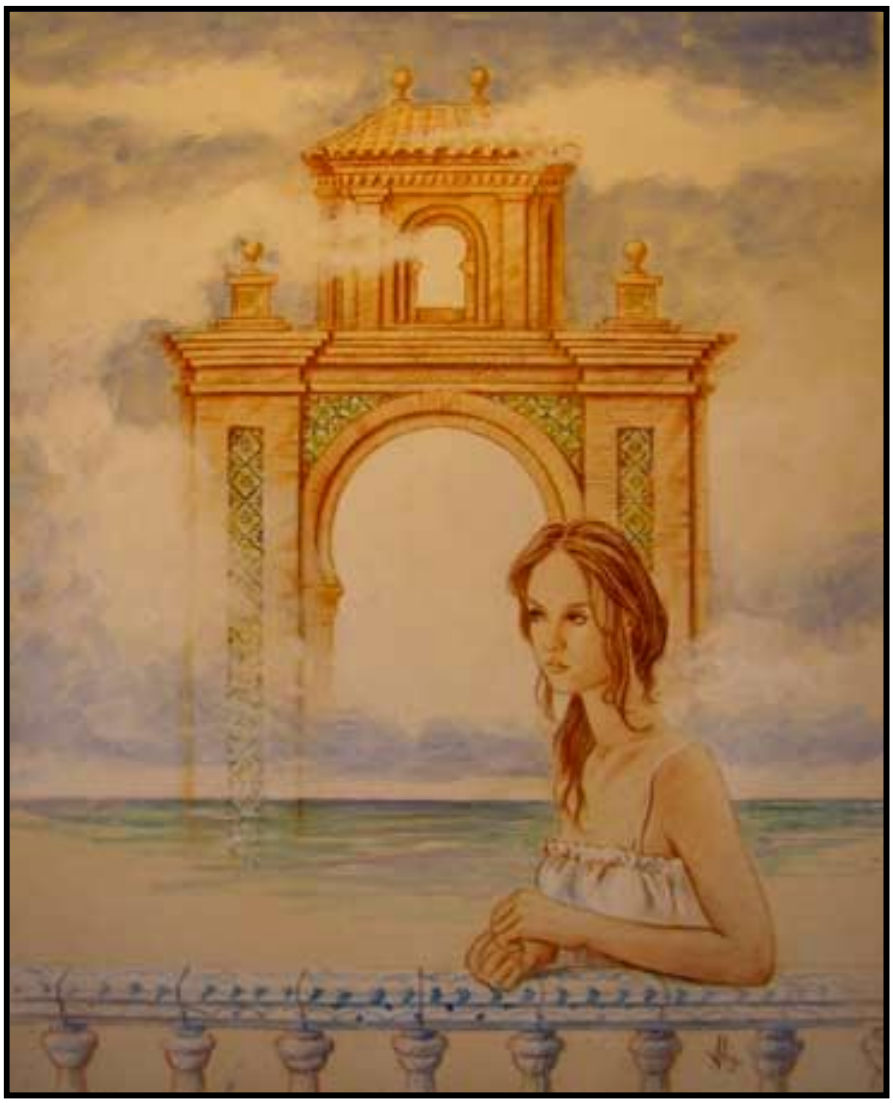
Tras el balcón del mar blanquiazulado
una joven doncella se detiene
y despliega los ojos que mantiene
con la triste mirada en el pasado.

Ignora que su cuerpo ha naufragado
y el arco de la gloria la retiene
mas su alma danzando se entretiene
en busca de su ser enamorado.

Tras el balcón del mar y bajo el arco
ha perdido su cuerpo una doncella
y mira entristecida a otra parte.

Su alma prisionera en este marco
eternamente joven y tan bella
pintada en lienzo ha sido, con mucho arte.

Lucía Espín



PÓRTICO Y PERFIL VII. Téc. Mixta/Cartón. 64 x 50 cms. (2005)

Entre la piedra

Ahora
aún en este instante
en la hora ácima que aguarda
soy de piedra
y mi columna
pétrea lanza de cal
agua cautiva
se yergue sumergida
en la rígida
textura de los huesos.

Ahora
en este instante
me acecha la espesura
el bocado que hiere
la mano que vacila
la voz acorralada
en la fría dentadura.

Soy en la piedra
porque un día odié mis alas
aborrecí al viento
y descendí hecha cuchillo
para morder la tierra
y levantarme
saborear la huella
lamer esa muralla
que rodea mi pecho
y escalarme.
Acariciar los surcos de los otros
y devorarme entera
grito a grito
piedra a piedra.

Julia Díaz Climent

EL PASADO, Panel izquierdo del tríptico "Tiempo y Psiquiatría óleo/lienzo. 162 x 116 cms. (2000)

TE DIJE QUE NO ME ESCRIBIERAS

Yo dije que me gustaba
-ella me estaba escuchando-
que en primavera las jóvenes
llevaran vestidos blancos.
JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.

Te dije que no me escribieras, que ya habían pasado aquellos momentos vividos en el instituto o en la facultad. No te bastaba a ti ni me basta a mí un beso casi dulce y salado como los atardeceres de junio, cuando se acerca el mar y sabe dibujar nuestros desnudos. Podías haber recurrido al móvil: yo habría escuchado tu voz y tú, la mía; te habría imaginado sentada en el sillón o mirándote sola en el espejo; podrías haber llamado pero preferías escribirme para dejar tu letra en un papel del que salían los primeros encuentros y aquellos ojos tuyos que siempre prometían algo más en la noche.

Te dije que no me escribieras porque no todo había terminado: el tiempo aún guardaba tardes, noches y días. Todavía recordaba yo cuando tú decías:"El ciego sol se estrella / en las duras aristas de las armas/" y me explicabas el prodigio de aquella dilogía, como si yo no estuviera pendiente solo de tus ojos, que alimentaban unas ansias cada vez mayores. Tampoco me importaban la sed y la fatiga de aquellos caballeros, porque la tarde iba pasando y al llegar la noche todo podría venirse abajo. Otra vez separados porque eran más de las once y las calles comenzaban a estar desiertas. Tú habías estado dedicada a don Manuel y también a Dámaso (*Madrid es una ciudad con un millón de cadáveres*), aunque para mí todo era una gran mentira: aquellos mercenarios castellanos y ese Madrid que no era el nuestro, porque nosotros teníamos uno pequeño, pequeñito, y estaba encerrado en un beso largo, muy largo, que no podía romperse en medio de las horas.

Te cambiabas de sitio para que el sol, el ciego sol endemoniado, cayera con más fuerza sobre tus textos, así, entrando por el lado izquierdo. Y toda tu figura se perfilaba, cobraba nueva vida por causa de aquel fuego del verano: eran las ocho y el calor todavía era muy intenso. Mientras estudiabas, yo solía mirar aquellos anaqueles llenos de libros: mucha literatura francesa, mucha obra prohibida -allí estaba León Felipe- y, casi entera, la colección Clásicos Castalia. Sí, eran tus oposiciones, algo que habías deseado tanto tiempo: tener tu independencia y tu libertad para enseñar sin trabas de nadie, sin que ninguno pudiera obligarte a dar otras materias. Aquello se acabaría. Pero tú estabas sentada y no solo tus piernas se merecían un respiro, una tierna atención que yo podría darte. También tu voz pedía con su acento algo más que una contestación, algo más que una caricia: casi pedías un beso, ese beso otra vez que yo tanto deseaba.

Por eso te dije que no me escribieras: tu letra seguía siendo idéntica y eso significaba mucho. Tú podías ser un poco de izquierdas –manifestaciones y esas cosas-, pero entonces estabas en lo más urgente para ti: Mira, Hernández es fabuloso, ya sabes que aún es difícil encontrar toda su obra completa; ahí tienes *El silbo vulnerado y El rayo que no cesa*, lo demás está en Losada y lo tengo prestado; algunos lo llaman "genial epígono del 27" pero a mí me parece que Miguel Hernández es por sí mismo toda una generación; como no quieras algo de Umbral, aunque no me gusta mucho porque se siente muy de la "gauche divine" y es bastante machista. Sí, es un provocador y quiere vender su libro y llevarse el dinero a la dacha. ¡No te calles tú, que te limitas a mirarme como si te gustara para siempre siempre! Eso sería muy bonito pero la realidad se impone y la química de los primeros meses o años se va apagando hasta extinguirse.

Pero eso no nos ha ocurrido. Tú dices que a todo el mundo le pasa, y lo afirmas porque conoces mejor que yo a la gente. Sí, sabes mirar a lo hondo y eres a la vez romántica y realista. Tú recuerdas muy bien cómo fue creciendo tu familia, cuándo comenzaron a hablar y andar tus hijos. Yo te recuerdo a ti, sin embargo, en la Laguna Negra, en el río Revinuesa y recuerdo también aquellas cenas lentas en una plaza mayor de pueblo castellano. Y no pudimos ver el olmo viejo porque era el momento de la amanecida y sobraba toda la literatura.

Por eso te pedí que no me escribieras, porque tu carta podría avivar unas cenizas muy hermosas y hacer de ellas aquel bosque animado en que yacimos.

Juan Vicedo

Dibujo de la Silla

Una silla me parece una manera
de dar descanso al hombre que camina.
Una silla que aguarda en una esquina
y que nunca se sabe a quien espera.

Los objetos, las cosas de la acera
la tarde larga que jamás termina.
Una silla que pone una vecina,
la noche sosegada y placentera.

Una silla gastada por el uso,
por el paso constante de las horas,
por las gentes que en ella se han sentado.

¿Quién la silla conoce, quién la puso
en el camino viejo, en qué auroras
fue de un tiempo que era y ha pasado?

Francisco Alonso Ruiz Pérez

Verano 2012

Nos ha dado un respiro el hombre del tiempo.
Para que no se me olvide
guardaré con la pluma el recuerdo
de esta tarde fresca de verano.
Después de tantos días de calor
que aniquila el pensamiento,
hoy corre un viento tímido
que acaricia las ramas de los pinos,
abanica las palmas,
serpentea curioso entre la yedra
y nos trae el jolgorio de los niños
jugando con sus padres en las balsas vecinas.
Chapuzones, risas, cantos, gritos…
las voces infantiles me acercan a otros días
cuando nuestros hijos-niños teníamos tan cerca.
Mas no quiero caer en la nostalgia
que es de tregua esta fresca tarde
que anuncia próximo el fin
de un verano inacabable.

María Rosario Mohinelo

A Juan Vicedo

El año que no vimos a Emily

mantuve la derrota
como quien ha vivido
abrazado a los espejos
Y los salones
y aquellas estancias
que confunden al hombre con su intimidad
quedaron clausuradas

*

cuando las ciudades se abandonaron
al oficio del barro
acogieron la lluvia los cementerios
y los más altos cercados del llanto
y los páramos caídos del hambre
y los amaneceres y el sueño
de cuando las ciudades
se abandonaron
al oficio del barro

Manuel Valero Gómez

Perdido

Te ocultas detrás de mis palabras
¿mas en qué letra?
¿En qué vocablo de luz te has escondido?
Yo sé que jugueteas con mi boca
la truncas fontana de amor
¿en qué sonido?
Callejeas descalzo por mis ojos
avivando un candil de opacos brillos
¿con qué color por fin hoy te has vestido?
Te persigo en el luto y te has marchado,
en el llanto primero y ya te has ido,
sobre la escápula abierta
del hermano golpeado te conmino
desangrado en la luz y no te he visto.
En la cúspide del llanto te hallé un día
creciste en mi desierto empobrecido
forjaste con mis lágrimas un cauce
donde hace la paz brotar caminos.
Mas entre noches y dunas no te encuentro
y por más que corro y corrí
hoy me he perdido.

Julia Díaz Climent

MADUREZ Y DIGNIDAD DE UN ESCRITOR

Camilo José Cela, en su libro "La Colmena" afirma: "Hay verdades que se sienten en el cuerpo, como el hambre o las ganas de orinar". El poeta Francisco Alonso Ruiz Pérez, aparte de lo elemental y fisiológico, siente desde su cuerpo, a través de los poros de su piel y de sus desgastados ojos, el exterior sensible y crudo; y lo absorbe en sus entrañas para destilar sentimientos, sinceridad y nobleza, que transforma en lenguaje con la madurez y la pasión que le caracterizan. Alonso experimenta esa terrible punzada, que le obliga, sin saber de dónde le viene tal instinto, a calafatear de belleza y graves palabras cualquier impulso creativo que merodee por sus manos. Su poesía, aunque parezca sencilla, es ardua, al hacer coincidir ética, estética y hondo razonamiento en el mismo viaje poético. Para eso es indispensable, haber sido amamantado por la poesía y vivido para ella con rigor. Por tales motivos, Paco, es un poeta existencial y vital, que sigue creciendo al compás de sus versos, sin saber todavía dónde están sus límites. Este poeta cercano y amigo, el de "Soledad del alma," reclama un lugar en el seno de las antologías contemporáneas, ya le toca, porque su obra es brillante y además honesta, y debe tener su sitio.

Francisco Alonso, al que poco he tratado y mucho he conocido, acaba de publicar un poemario- de los varios que tiene en su haber- al que da por título: "Cuaderno de ahora mismo." Un libro, donde el poeta parece recorrerlo a pie de ámbito, mostrando los distintos senderos de la atribulada vida: su vida, su existencia, sus temores y sus amores, en un itinerario breve, como es el presente, y largo como es la memoria, que provoca el envejecimiento de la carne, pero no la dignidad y el orgullo.

"Cuaderno de ahora mismo," es un elenco de poemas tiernos, bellos y reflexivos, pero también duros y desoladores, como verán seguidamente. En el poema "La lluvia," Paco nos habla del deterioro de lo vivo y el paso incontenible de los años:

"Llueve un agua quizá cansada y fría
sobre un lugar marchito y carcomido.

En este otro poema, "Amo la tierra," amanece el amor imperecedero:

"Amo la tierra con mansedumbre y esperanza,
con añoranza de enclaves y transcursos,
con la plenitud de mi pecho y la exactitud de mi alma.

Luego vuelve a la realidad con el poema crepuscular "Cansancio:"

"Se me ha cansado el cuerpo
de tanto como anduve."

"El olvido" es otro de los grandes poemas que gotean eternidad:

"Estuve en el olvido
una noche muy larga".

La poesía de Francisco Alonso, aun siendo grande en su universalidad, recoge las pequeñas cosas, en una catarsis diaria donde desvela el caos de lo que somos: insignificantes mortales; porque nadie es duradero y nadie va a estar aquí para regocijarse. Pero ante todo, Paco es un poeta desde el alba al crepúsculo, le preocupa todo, lo vivo y lo inerte, y de todo quiere dejar constancia, aún con sufrimiento, cuando exterioriza su dolor, como en el poema, "cuando sufro:"

"Padezco con la tierra desnuda
y con la navaja oxidada
y con la luna de oro."

El lirismo también recorre sus arterias en "La canción del patio", donde el misterio de la naturaleza le acompaña, en ese instante único que le ha tocado vivir:

¿Quién me sabe decir este gesto,
este sueño que enseñan las cosas,
este tiempo que es una canción
que va y que retorna?."

Paco también es el poeta de la ironía sarcástica, cuando afirma en, “El mosquito de Matusalén.”

“Durante un segundo fue efímero,
quiero decir que estaba muerto.”

Francisco Alonso Ruiz es el colmo de la existencia, como diría el poeta Jorge Guillén en su poemario “Más allá”: “Ser nada más y basta/ es la absoluta dicha”. Vivir por encima del padecimiento existencial, hacer sobrevivir la madurez, seguir brindando con dignidad unos versos servidos desde el corazón. Es temible la vejez para el que crea, pero, ¿y el gozo de lo hasta ahora creado? En el poema, “Lágrimas” Paco afirma:

“No renuncio a mi llanto, ni renuncio a mi risa,
que la risa y el llanto son la vida que tengo.”

Como puede observarse la poesía de Paco crece y se alza como una enredadera por la piel humana, y no necesita aspavientos ni culteranismos fofos, sus poemas son directos y avasallan la emoción. No entiendo cómo éste, nuestro, poeta, no está lo suficientemente reconocido como se merece. En, “Tiempo largo del hombre” sentencia:

“Sucede que me canso
de haber nacido hace ya tiempo,
me pesan tantos siglos
como he estado viviendo.”

O en el poema “Silencio”, donde clama de nuevo a su cuerpo, que es el cuerpo del mundo enfrentado a un dios amargo y difuso:

“Estoy necesitando un poco de silencio,
una quietud de amor que me acompañe.”

Paco sabe que no se vive de balde, pero tampoco se escribe de balde; y al final su valiosa escritura, superará en felicidad y reconocimiento a su tristeza; si no, comprueben los versos del poema “Vivir:”

“Saber sentir el paso de la hora,
notar y conocer cualquier segundo,
padecer y gozar lo que es un mundo,
cantar y hasta reír mientras se llora.”

Francisco Alonso Ruiz Pérez es un poeta de lo corporal, y de su relación con la sustancia que impregna la naturaleza y los objetos. Este hombre sencillo, claro, es un hombre nuestro y necesario, que nos pertenece poéticamente, porque su poesía convence y nos afirma en la historia de los buenos poetas, de los pocos que me han sorprendido en las últimas dos décadas. Ha sido un placer y un honor dedicarle estas palabras escritas. Espero que su amor a las letras sea merecidamente correspondido.

Antonio Zapata Pérez

Hoy no ha muerto un poeta

Si posible fuese morir,
hacerse espuma o pájaro
que en la sombra ingresase
y se quedase allí
insomne y aterido,
navegando en las aguas
estáticas y eternas,
sin que volviera nunca.

Entonces, escuchadme,
hipócritas lectores,
entonces es seguro
que fuera en Montparnasse,
en el café que estaba
en el número cinco
de la citada calle
donde quedase yerto.

Pero no ha sido así
y no lo será nunca.

Los cafés están mudos,
han quedado enterrados
bajo pilas de amianto,
y cálculos perversos
que la pasión ocultan.

Jean-Paul Ventoux,
alias Manuel Valero,
aunque estuviese allí,
aunque aprendiese allí
a besar a Matilde
en sus labios contritos,
aunque allí cobijase
sus pérfidos silencios.

Hipócritas lectores,
no escarbéis en las páginas
del suicida supuesto,
no miréis los rincones
donde Manuel Valero,
alias Jean-Paul Ventoux
habitan y se ocultan
en impolutos versos
y en recintos incólumes.

Están allí esperando
a la pasión más pura,
al más prístino espasmo
con que Manuel Ventuox
y Valero, Jean-Paul,
pronunciaron
Ma
til
de.

Hipócritas lectores:
nunca ha muerto un poeta.

Insomne trovador

Puente San Antón en Colonia

Sobre el puente del Mundo

Colonia y mi camino blanco. Todo son niebla, cenizas y fango.
Inmóvil estoy de pie sobre el puente. La catedral sobresale punzante
en la piel azul encima de la ciudad. Sombras largas y con punta bailan por el cielo
como muchachas juguetonas. Sin embargo, por desgracia, no son mujeres
sino cadáveres sobre dagas estremeciéndose...
Los puentes unen en un arco blanco las orillas
el este y el oeste se abrazan.

Aplastado por dedos distraídos, el brote amarillo cae
en el agua turbia. Lentamente corre el río hacia allá y va
llevando mi muerte y la de ella.

Igor Rems

Igor Rems es un artista, pintor y galardonado poeta de origen serbio, cuya obra ha sido traducida al alemán, inglés, polaco, macedonio, búlgaro, griego, rumano, italiano y francés. Actualmente reside en Colonia (Alemania)

El poema ha sido traducido por la escritora y poeta Dra. Pilar Baumeister.

Los ángeles rebeldes

Y no es mi amor por ti
literatura, un vacío juego de palabras
que se enredan y caen,
una pose ante el mundo
que me rodea y espera
palabras de un amor casi luciente.

Tampoco siento ningún consuelo
porque tú estés lejana, muy lejana,
y yo te siga fiel,
aunque apenas nos vemos
y sea de buen tono
guardar este secreto que llevamos en vida.

Sin ninguna solemnidad,
sin levantar la voz,
sin hablar de la pena, el llanto,
la amargura
-todo esto quedaría muy bien
regido por los usos antiguos-

quiero decirte que estoy cansado,
aburridísimo de mirar el correo,
de fumar cigarrillos,
de sentarme en la mesa
que me reserva siempre el camarero
para que vea la tarde,
o el ocaso cárdeno con que se humilla.

En esta ciudad pequeña
llena de cristianos viejos que no saben
nada de la sodomía, ni del amor libre,
y donde nunca se ha celebrado una penetración
como se merece,
caigo junto a los ángeles rebeldes y así te envío
este ramo de rosas que son tuyas.

Juan Vicedo

UN SUCESO INEXPLICABLE

La playa de La Lanzada aparece cubierta de rastrojos que el temporal depositó estos días sobre la costa. El mar encabritado aún, rueda furioso sobre la arena del extenso arco. Es la hora de la bajamar y me dispongo a recorrer los espacios que el agua deja lisos y brillantes como pistas de patinaje. Resulta curiosa la multitud de objetos que vomitan las olas y dejan en las pequeñas pozas que olvidan tras de sí las mareas. Un sol tibio de invierno destella sobre ellas y saca rayos insólitos de algunas de estas rarezas. Mi andar es dificultado por el viento que revuelve violento mis ropas; las botas marcan huellas profundas que pronto son anegadas.

Pienso, en medio del bramar de los elementos, en mi próximo libro; al compás de las olas mis ideas reconstruyen capítulo a capítulo el argumento. Sobre la superficie movida del océano se extiende una espuma inquieta que rodea como un velo de tul el santuario de Nosa Señora que se levanta en el extremo de la playa. El olor a viento, algas y salitre es muy intenso e invade mis sentidos sofocándome. Me paro y contemplo la ira de la naturaleza.

Una ola más osada cubre con su rebozo mis botas y deja sobre una de ellas un extraño ser, digo así, ser, porque me mira. Me mira con su iris verde y su pupila negra. Me mira con fijeza hipnótica que me hace dar un respingo y mandar lejos de mí aquello. ¡Qué grima! Veo que cae encima de unas algas arrancadas por el temporal. Mi curiosidad puede más que mi susto y a pesar del recelo que me produce me acerco. Allí yace con lo blanco hacia arriba una cosa ovalada y al parecer inocente. No se detecta nada siniestro en su aparente calma. Me agacho y lo recojo. Sobre mi palma reposa un ojo de cristal, y admiro la perfección con que está hecho. Mi curiosidad de escritor excita mi imaginación. Lo limpio de rastros marinos y lo meto en el bolsillo de mi chubasquero. Tengo un amigo protésico y quiero hablar con él sobre los rasgos de esa pieza y si puede darme algún detalle. Me sugiere, quizá, la escritura de un buen cuento.

Sigo caminando contra el viento que arrecia con más fuerza, voy a tener que suspender mi paseo, es imposible seguir andando. Me alejo por las dunas hacia el aparcamiento mientras el mar acrecienta su retumbar. El ímpetu del oleaje bate las rompientes, no hay ni un solo barco a la vista y un cielo gris oscuro amenaza con desplomarse sobre mi cabeza. No se ve un alma: ni siquiera gaviotas. Después de sacudir el agua me siento en mi auto y vuelvo a contemplar el ojo. Mi mano nota un ligero latido, lo miro y remiro y no se ve nada especial.

"Obsesiones mías" -pienso.

Lo vuelvo a guardar y me pongo en marcha. Ya en carretera el motor se silencia con la velocidad larga y yo empiezo a percibir un palpitar en la zona en la que metí el objeto; un latir cada vez más intenso. Llevo la mano y me toco la tela, un tenue movimiento me sobresalta. Mi corazón se acelera con terror. Trato de apaciguarme.

No hay explicación racional.

El paisaje sigue muy oscuro con las nubes tan bajas que casi me ciegan. Enciendo las luces de niebla y todo se transforma en irreal, difuminado y con movientes sombras amenazadoras. Durante un momento me desoriento y entro en una catarsis de locura. Me sobrepongo al horror con un extraordinario esfuerzo y consigo sentirme casi normal. Nada sucede. El miedo se aplaca.

¡Ay la imaginación!

Sigo conduciendo. Parece que el pánico pasó. Según se suceden los minutos regresa a mi cuerpo un estado raro que me embarga por momentos. La angustia regresa, el momento de euforia pasa, un escalofrío de terror me retuerce las tripas. El objeto que guardo cobra vida y su palpitar es tan fuerte que resuena en mi cabeza dificultándome la visión. Transida de miedo logro llegar a casa. Aparco el coche en el garaje y a trompicones salgo. Meto la mano en el bolsillo para arrojar el objeto lejos de mí pero antes lo contemplo. Siento que mis músculos se serenan. Nada me hace sospechar que eso que reposa en mi palma sea capaz de producir ningún daño. Se muestra tal como es: un ojo de cristal, totalmente inofensivo. Así que puede más mi curiosidad y lo dejo sobre el salpicadero para que mi amigo el protésico lo analice.

En la pila me mojo el rostro con agua fría para espantar los temores. Entro en la casa que se presenta acogedora y tibia. Me cambio de ropa. Unos vaqueros viejos y una sudadera gastada y relavada que ostenta el escudo de la universidad de Oxford me confortan. Siento la necesidad de ponerme a escribir. Antes paso por la cocina donde como con placer un trozo de empanada de carne y lo acompaño con un vaso de vino tinto. Mordiendo una manzana me dirijo al despacho donde tengo las hojas preliminares de mi novela. Recuerdo lo que me sucedió mientras volvía y no sé qué pensar, pues estoy perfectamente y lo sucedido me parece más bien una pesadilla. Antes de empezar a escribir pongo música. Me quedo quieta dejándome arrullar por la voz de

Johnny Hartman en *I See Your Face Before Me*. Con los oídos absortos con la voz romántica y la boca llena de manzana me dirijo hacia el ordenador. Me paro de golpe con la boca abierta, y atónita. Grito.

¡Oh…! ¡Hooorrooor..!

Encima del teclado está el ojo mirándome fijamente.

Airam Lebasi

Recordemos aquel inolvidable verano

guarecidos bajo la noche taciturna
que reía con nosotros
y no ataviados por una sábana blanca.

La playa tan divina
en el cristal de aquel ventanal.
Tus brazos tan inefables.
Tus besos de pétalos de arena blanca.
Aquel coche azul,
cómplice de metáforas y sinestesias.
Aquellas escapadas a los labios de Cupido, Tritón y Eros.

¿Lo recuerdas?
Yo aún sí.
Pero un día te levantaste pálido,
tan pálido eras que la nieve me dio miedo.

Un día no te gustó la cadena que me regalaste,
y un día no te agradó mi sonrisa.

Y yo sin saberlo
a cada caricia mía
recibía un escorzo violento de dios griego.

Ahora, ya nos ves, tú vas por una acera y yo por otra,
tal vez sea el dolor último que recibimos,
y tal vez éste sea el último verso en que te piense,
aunque tú siempre recuerdes mis poemas.

Inma Méndez /Alféizar

Se va maquillando el alma... (*)

La luna se eleva ausente,
envuelta en arcos de nácar.
La noche inunda furtiva
cada rincón de su casa,

que huele a miel y a cereza,
que sabe a hiedra y aulaga.

Cuando la penumbra asfixia
las luces de la mañana,
bajo el azul del relente
se esconden, ella y el alba.

Tiemblan al abrir la puerta,
la luna entristece y calla.

El sol alumbra asustado
los morados en su cara.
Siete morados de hielo.
Nueve rasguños de escarcha.

Se sienta frente al espejo,
se va maquillando el alma...

Enmudece en el silencio
cada segundo de calma.
Al otro lado los gritos
que hieren la madrugada.

Despacio cierra los ojos
y abre atemorizada

Las estrellas desde el cielo
endulzan los vendavales
donde comienza entre golpes
su procesión de pesares,

y en el altar de su alma,
reza todo lo que sabe.

Las lágrimas se le escapan
y los sueños se le caen.
No puede mover los labios
para pedirle que pare,

en su rostro sangre oscura
resbala a furia de mares

El sol alumbra asustado
los morados en su cara.
Siete morados de hielo.
Nueve rasguños de escarcha.

Se sienta frente al espejo,
se va maquillando el alma...

Y cuando se esconde la luna,
esfera de luz y nácar,
Noche limpias tu conciencia
al calor de la mañana

y el sol alumbra asustado
los morados en su cara.

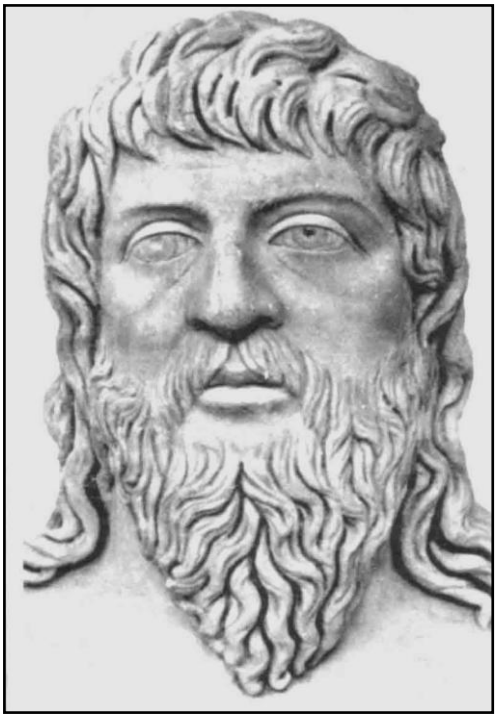
Siete morados de hielo.
Nueve rasguños de escarcha.
Se sienta frente al espejo
bajo las luces del alba.

Y entiende que todo acaba,
ya no sirven mil “te quiero”;
sobre el eco de su alma
danzan callados sus sueños

y el corazón le susurra
a la mujer del reflejo:
“no más golpes, no más gritos,
se puede empezar de nuevo.”

Alejandra Hernández Valido

(*) (XXXIII Premio de cuento y poesía “Miguel Cervantes Saavedra” en la modalidad de poesía) 2007



Busto del filósofo Heráclito de Efeso

La visita de Heráclito

Heráclito me viene
a ver en esta tarde.
Sus aguas incansables
me inundan y transportan.

Jamás se detendrán,
fluirán eternamente,

Quisiera en estas horas,
tan vacías y dolientes,
detener su corriente
un instante tan solo
para así contemplar
el barco que me lleva.

Verlo correr, alzarse
sobre las olas glaucas
avanzando ¿hacia dónde?

Mas, jamás lo sabremos,
siempre cabalgaremos
sobre la piel del tigre
que voraz nos conduce.

Lo único cierto y fijo
es esa gran vorágine
que nos lleva, incesante,
hasta la más oscura
caverna que nos cerca.

Manuel Parra Pozuelo

LAS RANAS

Para Elena

Esta historia comenzó hace unos años de forma casual; quiero decir que en mí no existía una predisposición o simpatía especial por las ranas y que mi decisión bien pudiera haber sido ni remotamente parecida. Por aquellas fechas lo que yo denominaba "coleccionitis" estaba en pleno auge, y el que más o el que menos poseía una colección que exhibir con orgullo en vitrinas, mesas auxiliares o estanterías.

Las más corrientes eran las de búhos o patos, figuras que se encuentran sin problemas en cualquier tienda o mercadillo (téngase en cuenta que hablo de colecciones modestas, sin semejanza alguna con las merecedoras de acabar en los museos). Otras piezas, incluso dentro de las colecciones a las que me estoy refiriendo, son bastante más difíciles de hallar, por ejemplo los caracoles.

Por no ser menos en eso de seguir la moda, me decidí a iniciar mi propia colección y opté por las ranas. Las ranas están en una escala intermedia: sólo son moderadamente difíciles de encontrar. A pesar de eso, o precisamente por eso, al poco tiempo contaba con bastantes ejemplares que iba colocando en mi cuarto de estudiante.

Entre mis allegados, mi repentina afición solucionó el problema de los regalos, de manera que no había cumpleaños, navidades o santo en que una nueva remesa no incrementara mi tesoro. Agradecía con sinceridad estos obsequios, porque lo que había comenzado casi como una broma, se fue transformando, al principio poco a poco y más tarde con rapidez, en una obsesión y ampliar la colección se convirtió en mi único objetivo, por el que abandoné otras actividades.

Cuando familiares, amigos o simples conocidos viajaban al extranjero o por nuestro país, no tenía empacho en pedirles que se acordaran de mis ranas, y era raro el que regresaba con las manos vacías. Pronto las tuve de los lugares más insospechados. Llegué a poseer tantas que en mi habitación, que mi familia había bautizado como "La Charca", no cabía un alfiler, y todo porque mi madre se negó tajantemente a que invadieran el resto de la casa.

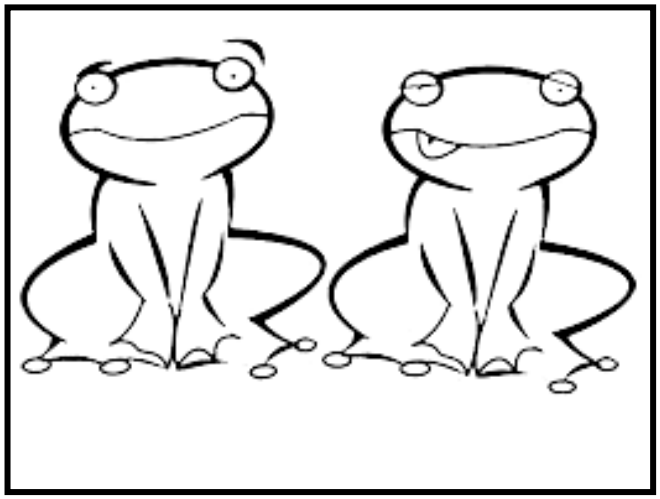
Mostrar las ranas a las visitas supuso para mí un verdadero placer. Cuando las veía admirarse ante tal cantidad y variedad no me hubiera cambiado por nadie. Estaba tan orgullosa de ellas como las madres de sus hijos, y disfrutaba explicando las peculiaridades de cada una.

Tengo ranas de toda clase de materiales y en las posiciones más dispares: de plástico, bronce, goma, barro, resina, trapo, cartón-piedra, cristal y hasta alguna de plata, sin faltar, claro está, la de porcelana que se come los huesos de las aceitunas, y la grandota de hierro del popular juego de muchos pueblos. También otras de piedra pulida, brillantes como verdaderas joyas, o talladas en madera y decoradas con flores.

Ranas sentadas, acostadas, meciéndose, abrazándose, saludando, durmiendo a la bartola, con una pata extendida y otra encogida, saltarinas, estáticas… Ranas torero, cocinero, bañistas, motoristas, bailarinas, músicos… Ranas verdes, grises, blancas, a rayas, con lunares, con verrugas o sin ellas…

Limitarme únicamente a reunir figuritas de rana hubiera sido muy infantil, algo semejante a la fiebre por los cromos de los años escolares, pero yo, al mismo tiempo que formaba mi colección, consciente de lo poco que sabía de los batracios biológicamente hablando, comencé a consultar enciclopedias y visitar bibliotecas para aprender todo sobre ellas. Con el tiempo llegué a ser una autoridad en la materia, materia que se convirtió en mi único tema de conversación, pues una fuerza interior me obligaba a hablar siempre de lo mismo. Como resultado los amigos se aburrieron de mi compañía y comenzaron a evitarme, y hasta hubo algún gracioso que se despidió con la originalísima frase de "hasta que las ranas críen pelo".

Por no aburrir a quien esto pueda leer, omitiré, muy a mi pesar, todo lo que he aprendido sobre este fósil viviente testimonio de aquella época remotísima en que gran parte de la fauna acuática abandonó su habitat, y que durante su desarrollo reproduce todas las fases de la evolución animal. No me extenderé hablando de las diferentes clases de ranas ni de sus características, pero no puedo dejar de consignar las palabras del naturalista Herbert Wendt: "El misterio de la vida, el milagro de la concepción, del futuro y del crecimiento, de la creación y de la expansión del universo vivo, no halla mejor ejemplo que el que nos ofrece un humilde renacuajo".



El desinterés mostrado por lo que sin duda había llegado a ser la razón de mi existencia, me dolió muchísimo. Como resultado se inició en mí un rechazo hacia las personas que desprecian cuanto ignoran, hasta el punto de desear aislarme de la gente.

Pasado un tiempo y gracias a una pequeña herencia, pude independizarme y trasladarme a una vieja y húmeda casa de campo, por cuyas destartaladas habitaciones distribuí holgadamente a mis animalitos al tiempo que adornaba las paredes con láminas y grabados con su imagen.

En el nuevo domicilio nos sentimos ¡por fin! en nuestra casa. Nadie nos limita el espacio y podemos expansionarnos a nuestro gusto. Mis queridas amigas me acompañan y comparten mi vida. Disfrutamos tomando el fresco en el porche y viendo juntas la televisión, único vestigio que conservo de mis anteriores adicciones. ¡Es asombroso cómo se divierten con los culebrones y los *reality shows!*

Sólo me apena tener que luchar contra las presiones y hasta amenazas de mi familia para que vuelva a casa. No quieren aceptar que mi verdadero, mi único hogar es éste. Me horroriza pensar que puedan acabar nuestros días felices y encontrarnos de nuevo hacinadas en mi pequeña habitación, hasta el punto que hay noches en que no puedo conciliar el sueño. En mis frecuentes pesadillas me siento perseguida por monstruosos seres humanos que acaban cazándome a pesar de correr desesperada. Entonces, el terror acelera los latidos de mi corazón; me despierto, salgo huyendo y me zambullo en la balsa. Agradezco que la frescura de sus turbias aguas borre de mi piel hasta el último rastro del contacto de las garras que querían atraparme; buceo unos instantes, salgo a la superficie, tomo aire, vuelvo a sumergirme y a emerger, me relajo, floto mansamente durante un tiempo y la angustia va desapareciendo. A veces me acuclillo en un ángulo del borde de la balsa y, envuelta en la argentina luz lunar, siento imperiosos deseos de cantar, pero no sé por qué motivo, quizá por la frialdad de los baños nocturnos, mi voz ha enronquecido y mi lengua sólo sabe articular un croac, croac, detrás de otro.

María Rosario Mohinelo

Cuando abrazo tu invierno me detengo
congelada en lágrimas antiguas,
mansamente sembradas de muy lejos
desde ese espacio imposible en que amarte
hiere el legítimo rito de los besos.

Silencio en el ramaje incendiado de mis venas,
silencio en la espuma palpitante de mi pecho
qué no surque un suspiro mis mejillas
ni zarpe de mi mano un solo gesto…

qué está el cielo enredado en sus quehaceres
y solo yo podría detenerlo.

Julia Díaz Climent

Temblor de Eros

Tiemblo sobre el agua de tus besos oceánicos.
Sobre tu boca tiemblo
entre tu piel acurrucada
sobre tu pecho.

Tiemblo en la luz de la mirada tuya toda bruma
toda norte, montaña lejana
toda horizonte y niebla
con toda mi vida tiemblo.

Tiemblo en la densidad del aire y me columpio
en el fragor del tiempo.
Tiemblo sobre serpientes
marinas, sobre el lecho abisal.

Tiemblo sobre la frente tuya occidental y fresca
en tu silencio y tu risa
sobre tu deseo tiemblo
trazo bucles en el viento.

Tiemblo sobre tu dulce cuerpo y me conmuevo
rozo tus cúspides de oriente
y asciendo en los gozos.
En el sur más tuyo tiemblo.

Ese es el misterio
el hechizo de Eros
el temblor de la vida
el temblor del amor.

Mercedes Rodríguez García-Olías

¿Cómo se mide todo esto?

¿De dónde a dónde viene el sufrimiento?
¿Desde dónde se pierde la esperanza?
¿Por qué huesos o músculos avanza
el dolor o el pesar como un mal viento?

¿Qué espacio o laberinto o firmamento
la pena ocupa cuando nos alcanza?
¿Cómo se mide esto, en qué balanza
pesar la angustia y el desgarramiento?

No se puede medir todo el tamaño,
toda la desmesura de la pena,
la soledad más desconsoladora.

Porque soporta el hombre todo el daño,
toda la inmensidad de su condena,
sin que nadie le ampare cuando llora.

Francisco Alonso Ruiz Pérez

Octava Real 1

Vamos a ver, es tonto resistirse
el sexo late y yo me descompongo,
es inútil tener prisa o partirse
si el desorden se instala como un hongo.
Mi día a día pide redimirse
y el clítoris estalla mientras pongo
una pausa feliz en este infierno
de quehaceres, catarros y de invierno.

Candela Jiménez Garberí

Para qué más

Ante un cielo plomizo, cercano.
Un mar vibrante y plateado.

Mis ojos buscan la lejanía,
una lejanía más allá de las cosas.
Más allá de mí, de ti.

Busco con un anhelo de paz,
donde las preguntas no tengan cabida,
ni las respuestas tampoco.

Con mi cuerpo apaciguado, sin ataduras,
me alojé sobre la tibia arena.

Dejé emprender el vuelo a la mente,
junto a una gaviota que en aquellos
instantes, cruzaba el mar.
Y el otoño se deshizo en una nube gris.

Mati Bautista

ZORRA EN CAUTIVERIO

A pesar de las escasas vestiduras me introduzco en la frondosidad del cañizal con la oreja atenta, en busca de movimientos de presencia animal. El tiempo, sin embargo, pasa de alba, transcurre y llegan los calores. El sol calienta en exceso y continúo sin éxito, aunque he recorrido casi todos los rincones del humedal. Me encuentro cansado, lastimado por distintos resbalones, enganches y diversos roces de malezas y cañizales. El dolor se agudiza con otros pinchazos, arañazos, picores de mosquitos y tábanos. Las escoceduras de varias, aunque leves heridas, al bañarse con el sudor salado me desquician. En tales circunstancias me resigno y doy mi cepo por perdido, aunque no encuentro la paz interior y de vuelta a la máquina me introduzco de nuevo en el humedal. Ahora por la parte más alta del cañizal, para cruzar hacia donde se encuentra la máquina y abandonar la búsqueda del cepo y de la posible presa que presupongo se ha esfumado con la trampa a cuestas. Los pinchazos y enganches entre lo abrupto de las malezas acrecientan mi nerviosismo que alcanza su máximo esplendor con la falta de visión. El matorral se muestra muy crecido, mezclado entre infinidad de cañas, arbustivas y herbáceas. Ello, aunado al fastidio que me causa la pérdida del único cepo de que dispongo, me saca de mis casillas y de vez en cuando suelto un improperio, algo indigno de mención aquí.

Así están las cosas de intranquilas cuando me faltan pocos metros para llegar a terreno abierto, salir del cañizal y alejarme del humedal. El avance, en cambio, se presenta lento y dificultoso por la imposibilidad de avanzar entre la frondosidad. Agarro un manojo de cañas para apartarlas y seguir avanzando en busca de la linde cuando aparece un pequeño claro y una grata sorpresa. Increíble, pienso. Acabo de localizar mi cepo cuando ya no lo esperaba e incluso lo daba por perdido. Los hierros sujetan la pata de lo que, a primera vista parece un zorro, o zorra, a saber. El animal se muestra muy noble, presenta un pelaje rojizo brillante con la punta de la cola blanquecina. El zorro también me ha visto a mí, pero se queda quieto, ajeno a todo movimiento que pudiera delatarle o alertarme a mí de su presencia. Permanece de pie, a cuatro patas, en silencio e inmóvil. El zorro me mira de soslayo, inactivo, sin estremecer un párpado, un músculo o una oreja, y se mantiene como una estatua. En consecuencia, y en igualdad de astucias, también yo le he visto a él y le miro de reojo, desinteresadamente, sin detener mi trayectoria para que él no advierta que también yo he localizado su presencia y en cualquier momento podría caer sobre sus lomos y despellejarlo con la fuerza de la fiera humana que llevo dentro. En rápido ojear, sin embargo, compruebo que los hierros del cepo se han incrustado en los salientes de un matorral, un pequeño arbusto con varios brotes lánguidos y prietos. La herida, a simple vista, no parece grave, aunque se le aprecia una rozadura en la pata trasera izquierda que se mantiene atrapada entre los hierros del cepo. Me alejo sin que el zorro note que yo lo he visto, sin sobresaltos ni emociones notables. El zorro se queda inmóvil, callado y esquivo; con la mirada cauta me sigue de soslayo —no me ha visto, imagino que piensa—. A pesar de las piedras que he lanzado en esa y otras direcciones, el zorro no se ha inmutado y su pasividad ha llegado a crearme incertidumbre. Ahora, salgo del humedal, callado, pero contento, apoyo el trasero sobre un pequeño montículo de tierra y recuerdo las reflexiones de Diego, El Rancho, Patriarca de Castilla: *Antes de sentenciar al infractor por infringir las normas me aíslo para estudiar el caso*. Con el trasero sobre el montículo analizo las picaduras de los mosquitos, los múltiples rasguños de brazos, piernas, abdomen y hombros. Levanto la mirada al cielo, aunque en vez de lanzar improperios me dejo llevar por la reflexión interna.

Debería volver con un garrote, caer sobre el zorro y exterminarlo con la frialdad de la alimaña que habita en mis adentros. Mi enojo va en aumento. Ello no augura esperanzas para el usurpador que acaba de confirmarme la carencia de caza comestible y atormenta mi vida en soledad, sin amigos, sin familia, sin dinero, sin comida y alejado de la humanidad. En tales circunstancias de penuria —sigo pensando— viene el zorro y me deja sin recursos gastronómicos. Mi enojo presagia lo peor. En consecuencia, agarro el cabreo del siglo. Un cabreo que se acrecienta cada vez que siento las molestias del sudor sobre los arañazos y las picaduras de los mosquitos.

Poca vida te queda, zorro maldito —mascullo—. A primera vista, como alimaña humana en busca de sustento y liderazgo de terreno debo aniquilar al animal que ha invadido mi heredad —prejuzgo y le sentencio—. El usurpador ha invadido las lindes de mi territorio y me ha arrebatado la posibilidad de comer. Pero presiento que es el zorro quien ha de pensar que él se encuentra en su querencia natural. La reflexión, sin embargo, es corta y tajante: *Ahí te vas a quedar hasta que yo decida cómo te sacrifico en tu terreno y en el mío*. Me levanto y me marcho del cañizal. El día, se presenta excesivamente largo y caluroso —jódete, le digo, para que sepas lo

que cuesta la penuria, la necesidad y el hambre—. El animal, sin embargo, aunque preso de una pata puede, si lo desea, descansar a la sombra del cañizal, entre las ramas del arbusto.

A la caída de la tarde-noche, me introduzco en el humedal, esta vez sonoramente, a propósito. Antes, sin embargo, provoco al zorro con el lanzamiento de diferentes piedras que dirijo sobre las malezas de su entorno para que se agite e intente la huida. El zorro, no obstante, ni se inmuta. Mal augurio. Presiento que mi castigo ha sido excesivo y a consecuencia puede haber fallecido. La incertidumbre me asola, aparto las malezas y avanzo entre las cañas hacia el matorral en que de mañana temprano dejara yo al zorro. Los últimos metros que me distancian de él los recorro sigilosamente, con el corazón en un puño y el presentimiento de encontrármelo tieso, inflado y abarrotado de moscas. Sin embargo, qué sorpresa más grata, el zorro parece una estatua: se mantiene de pie, en la misma posición en que catorce horas antes le dejara: *¡Hola!* —saludo—. En la mano derecha, por si acaso, llevo una vara larga que dado el caso utilizaría para defensa personal. El corazón del zorro lo capta y veo como su pecho empieza a palpitar a la desesperada: le sube y le baja, pero él ni se inmuta. Me siento a su lado, le examino la pata que le mantiene preso al cepo, dejo la vara en el suelo y le digo: *Estás castigado porque me has jodido la caza, lo sabías, ¿verdad*? En consecuencia, —agarro la vara del suelo y la zarandeo ante sus ojos— ahora vas a pagar tu osadía. El zorro escucha en silencio pero se mantiene quieto, inmóvil. Y aunque me mira, lo hace de soslayo, sin estremecer los párpados y sin parpadear siquiera. Yo le miro a él con prepotencia y descaro y le hablo duro. A través de mimos y gestos le muestro el hambre y el descontento que él me ha causado a mí. El zorro no protesta y yo impaciento y le observo fijamente, a los ojos.

Ahora tengo la impresión de que el zorro me entiende, y si pudiera lo enmendaría. Pese a ello, sigue callado, pacífico y ajeno a mí. No parpadea ni tironea ni ataca ni amenaza con gruñidos ni salvajadas, *qué raro* —pienso—. Me da la impresión de que si lo intento se dejaría acariciar por mi mano: *Me has hecho pasar hambre* —le digo de nuevo con gesticulaciones faciales, señalamiento de estómago y diferentes gestos de mano, para provocarle—, *aunque por los excrementos que tú has dejado en la postura del cepo debo entender que tu estómago no lo ha pasado mejor que el mío, ¿verdad?* Ahora, *sin embargo, no sé si conseguirás escapar de mis garras... En todo caso lo dudo, aunque de ocurrir, cómo no te cuelgues de las ramas de un arbusto pinchón y te comas las majoletas silvestres, me parece que con la pata herida vas a cazar bien poco.* Presiento que el zorro intuye lo peor que mana de mi carácter pero sigue inmóvil, junto a mí, sin tironear ni lamentarse ni gruñir ni alarmarse ni abrir la boca para intimidar u ofender al adversario. Su pasividad me preocupa y me desconcierta.

Vuelvo a examinarlo con detenimiento, analizo el cautiverio a que se ha visto sometido durante la noche, momento que cayera en el cepo y también durante el caluroso día en que le he mantenido prisionero. Ahora siento pena de su agonía y decido ponerle fin. Me levanto con la vara en la mano: *Tus minutos de vida están contados, lo sabes, ¿verdad?* —le comunico mi sentencia—. Aún así, el zorro -es macho por lo que cuelga entre sus patas-, sigue quedo, no se inmuta ni tironea ni tan siquiera intenta atacar, defenderse o huir. Aún así, mi decisión es firme y tajante, sujeto la vara con la mano derecha, me distancio unos metros, bordeo el matorral que sujeta el cepo que lo mantiene prisionero, aparto unos arbustos y levanto la vara. La proximidad me inquieta, si el zorro intentara una maniobra rápida podría alcanzarme con sus colmillos. En consecuencia me mantengo en guardia, con la vara de estandarte mientras coloco el pie sobre la apertura del cepo, libero la presión que ejerce sobre la pata del zorro y: *Hasta luego rojo mansurrón* —me despido mientras le libero—. El zorro siente la libertad y sale que se las pela, a tres patas, cojeando, sin apoyar la pata herida en el suelo y sin desviar la mirada hacia atrás: *Ingrato de ti, te vas así, por las buenas. Sin despedirte* —ironizo—. La silueta del zorro de pelo rojizo brillante y rabo blanquecino se desliza suavemente sobre las cañas y se evapora entre senderos ocultos, bajo la frondosidad del cañizal.

Agustín Conchilla

A Francia me quiero ir

A Francia me quiero ir,
deja que me vaya madre,
que no quiero malvivir
como vives tú y mi padre
mis cuatro hermanas, hermano
y el resto de mi familia,
los hijos de Feliciano
mi amigo Enrique y Cecilia.

Que no quiero ver más luto
ni más niños caminando,
con todo su cuerpo enjuto
y con los mocos colgando.
A Francia me quiero ir
que el reptil viene silbando
con su lengua viperina
y su cabeza escamosa,
persiguiendo a Valentina,
a Pilar, Lola y a Rosa,
a Francia me quiero ir
que aquí hay demasiada broza.

Mala sangre en el gobierno
que gobierna mi nación,
con una frialdad de invierno
y unos aires de matón.
A lo que está acostumbrado
y aún sigue con la costumbre,
de herir a un pueblo sitiado
sin pan, sin luz y sin lumbre.
A Francia me quiero ir
que aquí solo hay una cumbre.

Y ya es fija propiedad
de quien dice ser el dueño,
de tu tierra y mi ciudad
agricultor extremeño.
Yo no puedo consentir
las cosas que están pasando,
por eso me quiero ir
aunque tenga que irme andando,
al país de Víctor Hugo,
Rodin, Renoir y Émile Zola,
para no ver al verdugo
que de muerte a España asola.

Irme quiero pueblo mío
aun sabiendo que te dejo,
completamente baldío
sin futuro y sin espejo,
a Francia me quiero ir
que aquí uno no llega a viejo.

El motivo de irme a Francia
es porque aquí sólo he visto,
criaturas sin infancia
con menos carnes que un mixto,
pidiendo de puerta en puerta
un solo trozo de pan,
por las casas de mi huerta
Cox, Callosa y Redován.

Las razones de marcharme
patria mía son de peso,
es que no quiero quedarme
viendo pasar tanto hueso
como pasa cada día
por delante de mi puerta,
con la barriga vacía
y la mirada desierta.

Pensando en el porvenir
que tendrá el día de mañana,
después de tanto sufrir
en esta tierra oriolana,
a Francia me quiero ir
para ver si mi alma sana.
Porque allí hay libertad
y aquí solamente veo,
un pueblo en precariedad
y un panorama muy feo.
Cada día más oscuro
y con menos claridad,
para Soledad y Arturo,
Carmen, Julia y Trinidad
a Francia me quiero ir
ahora que ya tengo edad.

A Francia me quiero ir.

Trinitario Rodríguez

Cancioncilla de verano

El laborioso oficio
de la cigarra dejó mi ventana.

¿Qué tendrá la cigarra
que todas las penas del alba canta?

La cigarra ha callado
con su traje nuevo verde esmeralda.

¿Qué tendrá la cigarra
que ninguna baranda
despierta en madrugada?

La luna es una melena regada
con suaves lirios de triste esperanza
y el espejo un verano
desierto por el negro que amenaza.

¿Qué tendrá la cigarra
que del invierno los besos derrama?

Manuel Valero Gómez

Cada vez que te alejas

Cada vez que te alejas
las rocas muestran su dureza
los árboles arquean sus copas
los pájaros callan.

Cada vez que te alejas
pierdo tu mirada
la busco entre los cielos
y no la hallo.

Bajo al averno y me gritan
que el fuego no quema
tus huesos enamorados:
“sigue otros caminos,
aurora del alba,
aquí no entran
fugitivos
del amor,
tipos cobardes”

Cada vez que te alejas
el cielo se hunde en las simas,
desgarros de la tierra,
barrancos para la tumba,
cielos truncados.
Mi cuerpo reclama tu cuerpo,
mi piel arde,
el corazón palpita,
ansioso te llama.

Y la semilla se pierde
en mi cuerpo yermo
que la busca
y no la halla.

Cada vez que te alejas
tiemblo herida por tu ausencia,
lloro tu amor;
no contestas,
huyes
convertido en
espíritu de la noche
en una sombra errante.

Cada vez que te alejas
vago en la noche
y mi voz se pierde
en ecos desesperados.

Airam Lebasi

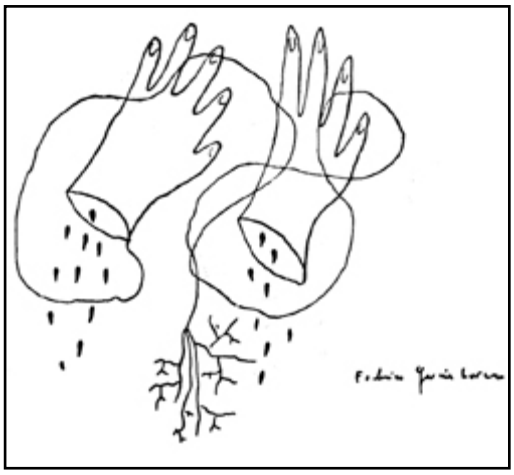
UNA DE PIRATAS

La espuma de la ola que barrió la cubierta, llegó hasta el gancho en que terminaba el brazo del capitán. “Capitán Garfio” lo llamaban sus tripulantes, porque había perdido la mano derecha en la boca de un tiburón cuando era joven y trabajaba paseando turistas ricos en las Islas Caimán. La perdió por temerario, porque se sentía demasiado seguro e inmortal como para tomar precauciones, cuando intentaba impresionar a las norteamericanas en las excursiones de pesca.

Ahora, ya mayor, vivía nuevamente en su Galicia natal, pescaba para sobrevivir en el puerto de Malpica y ya casi ni recordaba aquellos dorados años en el Caribe. Llevaba una vida apacible y para sus vecinos era el bueno de don Anxo, el abuelete bonachón que paseaba a los niños en su barco cuando no estaba pescando. Por eso, cuando desapareció uno de los niños del pueblo, don Anxo fue el primero al que llamaron las autoridades locales para que las ayudara a buscarlo. Nunca fue hallado, ni ese niño ni ninguno de los otros tres que desaparecieron misteriosamente en meses sucesivos.

Y al cabo de un tiempo, también desapareció don Anxo. Los vecinos del pueblo dejaron de verlo durante varios días, ni pescaba ni aparecía por el bar a tomar su copa de vino de todos los días. Pensaron que se habría ido a la capital a hacer algún trámite y no se extrañaron que no se despidiera de nadie, porque siempre había sido muy reservado con sus cosas. De hecho, nunca había invitado a ningún vecino a su casa. Pero al cabo de un mes sin noticias suyas decidieron entrar en ella y lo encontraron muerto en su cama, tan apaciblemente muerto como apacible había sido su vida en Malpica durante todos esos años. Un par de curiosos recorrieron una casa que nunca habían visitado y fueron los primeros en contemplar el espectáculo de cuatro pares de manos infantiles ensartadas en otros tantos anzuelos colgados del techo del garaje de don Anxo.

Annabel Villar



Manos cortadas, de Federico García Lorca

LA SIRENA VARADA

Fotografía de la artista mejicana Sabina Sorensic.

Acaso quería ser mujer la sirena. Saber del beso, sólo un beso, nada más; vivir la leyenda de la tierra que había predicho: si una sirena emerge de la mar y es besada por un hombre, se transforma en mujer.

El mar se retiró, se retiró y la sirena no alcanzó a conocer el beso que anhelaba. Varada en la arena ha quedado como durmiendo. El viejo tronco de árbol, apiadándose de la sirena, la está abrazando dulcemente y la yergue sobre la arena blanca para ocultar su vientre escamoso y su cola de pez.

Mercedes Rodríguez García-Olías

CREER QUE EXISTE una blanca y cálida arena
en dónde las olas se enreden juguetonas
por nuestros tobillos;
acariciar cada lágrima de Mar salvaje
en tu rostro,
y por un instante darles vida
a los labios de tu boca.

Creer que la noche se extendió
para tu lengua y la mía
y hacer de cada verso,
un rizo en tus cabellos.
De la mano y hasta
la infinitud del horizonte
dos estrellas en el firmamento
sonríen a la Luna.

Nada hay que esconder.
Los dos, pecho a pecho
como capullos de rosas
que se abren
a la primavera.

Tus verdes iris
buscan mi mirada latente
en el oceánico
escondiéndose ruborizada.
Una mano tuya se alza
en mi desnuda cintura
y la otra la cristalizo
con el vaho de mis ojos tristes
porque soy consciente:
El Mar me empuja hacia ti en un arrebato.

Inma Méndez/Alféizar

Paraísos

Hemos perdido el paraíso en la Tierra,
aquel que esperaban encontrar
los desposeídos de otros mundos,
el que soñaban cruzando desiertos, océanos, fronteras.

Como ellos hemos perdido la esperanza también.
Quizás perdido para siempre el edén
ahora preguntamos con lamento:
¿En qué hemos fallado si parecíamos invencibles?

Pero todo paraíso tiene un fin
y el nuestro estaba anunciado,
la clave escondida en un acróstico
que no supimos descifrar:

Fraude, falsedad, falacia, farsa, fracaso, farfolla, fariseos...
Incultura, insolidaridad, infamia, inversiones especulativas, injusticia, incertidumbre...
Nepotismo, negación, necedad, ninguneo...

Mientras termina nuestro paraíso cotidiano sin revuelo,
pero con paro, recortes y estrecheces,
otros se han asegurado un paraíso fiscal
en tierras exóticas que suenan a eterno veraneo.

Una candela encendió mi ánimo el 15-M.
En esta reacción de campamentos que toma la calle en las ciudades,
hemos recuperado algo de dignidad
aunque nos llamen los *Indignados.*

Aúrea López

Bajo la piedra

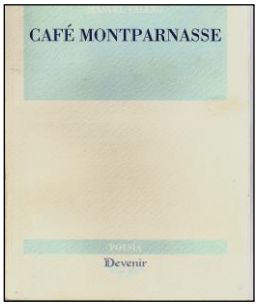
Aquí, la noche
es entre la piedra,
y la gruta
es entre los cuerpos.
Y todo
todo se recoge en la piedra.
Cae la tarde con olor a verde
y una lengua de musgo
conquista el ventanal;
los adoquines
respiran las calles
sedientas ya de estrellas.

Aquí todo son piedras y grutas
los huesos se saturan
con sustancia de muro
y se recogen en el hogar de piedra
donde el calor se aloja
la mano se extiende
y ríen los niños
las almas y las cosas.
Bajo la piedra,
entre las piedras
la vida se contiene.

Julia Díaz Climent

Cómo, tras inevitables suicidios, ha nacido un poeta

Café Montparnasse
Manuel Valero
Editorial Devenir, Madrid, 2012
Noventa y dos páginas



Supongamos un joven dado a la grafomanía, a la mítica vida, a sus engaños y a los prodigios de la imaginación. Supongamos también que ese humano ejemplar es, en consecuencia, aficionado al verbal pedaleo, continuemos suponiendo que, tras andar por Cuba y Américas diversas, lo encontramos en París en busca de sí mismo, es decir, esperando que tras los adoquines y el ajenjo estuviese su alma, que a Matilde anhelaba.

Mas entre asfalto y vino le deslumbró un poeta que había andado caminos en busca de palabras verdaderas y eternas. Se llamaba aquel ínclito degustador de ocasos, Jean-Paul Ventuox y vivía en un café que Montparnasse llamaban. Con todas las palabras ya reunidas el citado poeta escribió un bello libro y tras tamaño y gigantesco esfuerzo junto a Manuel Valero se despidió del mundo cotidiano y juntos recalaron en playas opulentas de las que la retórica habíase desterrado, y era la vida toda milagro deslumbrante de acogedores labios.

Sin dudarlo es la historia de Manuel Ventoux y de Jean-Paul Valero, y libro era y no podía ser otro que Café Montparnasse.

Iniciose el volumen haciendo un inventario donde los labios juegan un papel protagónico ("vivir para tus labios solamente" y "no más yerra este ardor que al fin conocen/ mis labios por tus labios"), en la enumeración, ordénanse pecados, abecedarios y olvidos perentorios, exigiendo el recuerdo del poeta abatido en busca de la rima abarcadora.

Todo nació y creció como leímos en Génesis. Allí la adolescencia fue un siglo que ya ha muerto, y solo el aire fue la vida aquella, y el niño aquel, ¡cuánto tiempo hace ya!, esperando el arroyo.

Matilde inspiró el miedo, tan solo con su nombre, que evocaba y traía un huerto sin olivos. Su vientre fue sembrado de bandadas de alondras, mientras su boca supo de un río casi ya muerto. Pero Matilde sucumbió al silencio, y en la cansada linde que jazmines dibujan Jean-Paul Valero y Manuel Ventoux nacieron al dolor del papel aún más blanco.

El más central impulso siempre en aquel café espera su rescate, es allí donde el vino, la vertical sonrisa y el mozo que llevaba la cuenta y otra copa. Muy cerca de los vasos brotaban besos verdes, tártaros insurgentes y una tal Alexandra cuya mano llevaba cuatro vergas cogidas, y voluptuosidades y eruditos poetas que sus versos vendían, y el Sena y los suburbios hablando de las patrias con desdentadas bocas.

Luego en el monasterio putas letras, aunque si sus voces lograran despertar de su letargo eterno, temblarían por su pena en las alturas, y entonces los marrones ocultarían su cuerpo y anegarían las copas.

Llovía siempre en París y sus quinqués las lluvias alumbraban. Pero un poeta corre tras un amor desheredado y decide pudrirse a los pies del poema. Pero la lluvia y todo es reino de los tristes y por mucho que quieran permanecer sedentes, erguidos volverán hasta los árboles.

Mas siempre el tiempo vence y la muerte nos hace esclavos irredentos. El visceral otoño avanza irresistible.

Después de escrito este texto en el que he remedado y resumido en vano, el libro que comento, ocupado lector, corre a buscarlo, no dejes que su tinta se haga amarilla y pálida, devóralo impaciente, hazlo menú diario y así podrás tener la absoluta certeza de que un poeta ha nacido y que una voz nueva te reclama y se escucha.

Los obligados e inevitables suicidios no han logrado impedir el magnífico evento. Manuel Valero, cual Lázaro, ha vuelto del féretro que acoge los postreros despojos del que fuese Jean-Paul en el café de entonces.

Manuel Parra Pozuelo

Breve y tal vez falso currucucú de un joven palomo, que (¿en sus ratos libres?) sube en el Trenet de la Marina con bicicleta y mochila, aborda a señora sesentona que va leyendo tranquilamente y cuatro estaciones después, allá por la Vila Joiosa, se apea precipitadamente y pide a la dama su cuenta de correo electrónico. La señora se lo da. Todo se sucede en un plis-plás y la dama sigue leyendo la Dama Boba hasta el final del trayecto. Días más tarde… recibe el semiauténtico currucucú remitido por El Chico del Tren (osada criatura) que a continuación transcribo:

"Soy Miguel Lara Jiménez y nací en Benidorm hace 23 años, exactamente el 1 de Junio 1989.

En mi infancia, fui influenciado gustosamente por la persona que me trajo al mundo: Mi madre, que a pesar de las dificultades de la época obtuvo un amplio conocimiento cultural, el cual me transmitió y me sigue transmitiendo.

Con el transcurso de los años he ido formándome académicamente en el ámbito sociocultural, tanto en el aspecto escrito como en el práctico, que me ha llevado a posteriores empleos en el mundo cultural y artístico por la zona de la Marina Baixa.

Actualmente entre diversas actividades, también trabajo en mi empresa de Animación Sociocultural llamada "Compañía M.A", en la que confeccionamos eventos lúdico-culturales a la carta y realizamos paralelamente relatos históricos y literarios en diferentes formatos: Teatro de títeres, de sombras, de globoflexia y música en vivo." Firmado: Miguel, el artesano de la risa, JJAJAJAJ. "El cachorro literario"

Y como quien no quiere la cosa me adjunta este relato y me deja preguntándome, cual Dama Boba, si será cosa de Dios o del diablo.

Mercedes R. García-Olías

DIOS Y EL DIABLO

Esta vía satírica, me recuerda tantas veces los muchos reveses que sufre uno para conseguir lo que desea.

Está claro; la vida no es fácil, y los humanos tampoco. La maldición de nuestros pecados pesa siempre en el alma, pero a veces negociamos con el diablo las condiciones de los pecados. Dios tendría poder, pero el diablo es más astuto porque se puede disfrazar de lo bello, de Dios y seguir siendo demonio. Dios es Dios, y el almendro no se disfraza de pino para sentirse más alto y más fuerte, acepta su belleza tal como es, no utiliza artimañas.

En este mundo el diablo fue astuto, fue capaz de hacerse presente en los corazones de todos los humanos. Cuando debemos actuar sin dudas, con convicción y firmes a nosotros mismos, ese pequeño trocito de diablo, intenta hacernos dudar.

Pero, ¿sabes qué? El diablo podrá intentar arrebatarme mi cuerpo, el diablo intentará romperme el corazón y el diablo intentará que le entregue mi alma, pero no podrá arrebatarme ninguna de las tres porque yo soy MIGUEL, aquel que le ha plantado cara desde el principio de los tiempos y, aunque en ese pequeño trocito de corazón siento la envidia, el odio y la rabia que me intenta transmitir el malvado, mi amor es más fuerte que todas sus calumnias y sus intentos. Aunque intente volver el amor contra mí para que lo odie, mi corazón está hecho para lo que están hechos todos los corazones de los humanos: PARA AMAR.

Miguel Lara Jiménez

Asociación Cultural
AUCA de las Letras

OBRAS SOCIALES

AYUNTAMIENTO DE ALICANTE

INSTITUTO ALICANTINO DE CULTURA JUAN GIL-ALBERT
DIPUTACION PROVINCIAL DE ALICANTE